

Como hilo luminoso, el mar
Antología personal
(1992-2010)

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

JORGE ARZATE SALGADO

Como hilo
luminoso, el mar
Antología personal
(1992-2010)

Prólogo

GALO GHIGLIOTTO

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Como hilo luminoso, el mar

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Jorge Guadalupe Arzate Salgado

ISBN: 978-607-495-344-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/69/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

EL HEMISFERIO MARINO DE JORGE ARZATE SALGADO

Celebremos, en primer lugar, la aparición de este libro de Jorge Arzate Salgado: *Como hilo luminoso, el mar*. Una recopilación necesaria, urgente, porque reúne poemarios ya inconseguibles de su autor y le entrega a su obra la posibilidad de alcanzar nuevos lectores —en el sentido más amplio de la expresión— tras 22 años de la publicación de su primer poemario.

Así, *Como hilo luminoso, el mar* es una obra compuesta por los tres primeros libros de Arzate Salgado: *Canciones para los piratas ausentes* (publicado por el Centro Toluqueño de Escritores, en 1992), *Recuerdos de la casa azul* (publicado por el Fondo Editorial Tierra Adentro, en 1996) y *Pradera de masonite* (publicado por Libros del Bicentenario, en 2010). Tres libros como tres elementos: agua, aire, tierra.

Se oye en la obra de Jorge Arzate Salgado una voz que viene desde lejos. Una voz que, a más de 20 años de distancia, conserva el frescor, la vitalidad y el interés de trabajar poéticamente algunos tópicos particulares, siempre en busca de una resonancia ecléctica que usa con maestría elementos sacados de otras disciplinas artísticas —a veces en forma velada—, pero puestos aquí, en poema. Quizás por eso entrar en este conjunto de poemarios es recibir una brisa marina directo en la nariz. ¿O será porque, tal como le dice Dalia a Carmina, en *Recuerdos de la casa azul*, “todas las voces vienen del mar”? Arzate arrastra no solamente las partículas de sal, también las gotas, esféricas, como pelotas de cristal, llenas no de plancton microscópico, sino de barcos antiguos, carabelas, hombres mojados por una tormenta en altamar, personajes originarios de

otro mundo, pero de un mundo nuestro. Ese es el hemisferio marino de Jorge Arzate.

En el primero de los libros de esta antología, *Canciones para los piratas ausentes*, una serie de marineros nos conducen a nosotros —pálidos lectores— a una aventura por la imaginación más viva. Todos esos piratas se llaman Jorge Arzate Salgado y son legión. Cada uno es una gota esférica de esos dos hemisferios: uno, el diurno, queda siempre hacia adentro, visible sólo para la imaginación, y el otro, nocturno, configura la mancha de tinta que se asoma en el papel. El lado luminoso se proyecta en nosotros: es la voz o, más bien, el canto de Jorge Arzate Salgado, quien vive en Toluca, pero sueña con el mar.

En *Recuerdos de la casa azul* aparecen más personajes: Carmina, Dalia, Dod. Incluso el Minotauro, a través de un bellissimo poema. ¿Quiénes son Dalia y Carmina? ¿Qué existe entre ellas? ¿Son acaso amantes, hermanas, amigas? Persiste una ambigüedad en su relación, una soledad que se extiende entre estos roles indecisos. La mayor parte del tiempo hay nostalgia, distancia. ¿Qué fue la Casa Azul y sus “rincones poblados de historias”? ¿Es el amor, “único capaz de vencer al tiempo”? Nada está dicho directamente. Esa es, posiblemente, una de las mayores riquezas de este libro. Eso y la forma en que los versos se enredan —deliciosamente sonoros— en la memoria del lector.

El último libro, *Pradera de masonite*, tiene otro peso. El autor también entrega la voz a un personaje, que pareciera ser Edipo; éste, con un tono más maduro y reflexivo, utiliza la voz del yo para decir su palabra, “definición del tiempo en mil acordes”, e invoca en el poema a otros personajes: Adán, Eva, Odiseo, aludiendo también a Dalia y a Carmina, del libro anterior. Así se extiende una trenza compuesta por distintos seres mitológicos: algunos vienen de las creencias de occidente, otros

del mundo antiguo y varios del credo que es la poesía de Arzate. A través de este rasgo, el poeta participa en la tendencia del arte de esta época —llamada por algunos posmodernidad—, que es la revalidación del *collage*, de la ventaja que nos ofrece tener 20 siglos de cultura para echar mano de ello y crear más, y mejor.

Este libro, que se integra a la colección Summa de Días del Fondo Editorial Estado de México, también podría llamarse *Suma de vidas*. Aquí están los personajes, vivos, anhelando ser escuchados para vivir a través de los ojos y oídos de los lectores. Cada uno tiene una historia, ya sea individual o colectiva, y quiere contarla. El poeta, como creador, les da ese derecho a sus bestias: les entrega luz, agua, sueño, pasión, las conmina a enamorarse, a decir, sobre todo a vivir. En esa vida que bulle como el oleaje se extiende el teatro, la ópera, la danza. Los personajes que pueblan este libro son objetos de arte.

Desde el momento en que Jean-Jacques Rousseau concibió su *Pigmalion* (en 1762) para ser interpretado como lectura dramatizada y acompañado por música, se inició un camino que atravesó Alemania, para llegar a Goethe, y luego cruzó el Atlántico, para llegar hasta Robert Browning, quien compondría un poema llamado *Mi última duquesa* como expresión máxima de esta nueva forma conocida —a partir de Inglaterra— como monólogo dramático: poema donde el autor se desprende del yo íntimo y entrega la voz a otro personaje, real o imaginado, que comunica y apela al lector desde su propia experiencia y empatía. Ese estilo cruzó el Atlántico para llegar a las Américas y, aunque es poco frecuente encontrar aquí poetas que salgan de su intimidad para entregar el decir a los personajes que habitan sus sueños e imaginación, hemos escuchado a Vicente Huidobro haciendo cantar a su *Altazor*, a Nicanor Parra y su “Cristo de Elqui”, por mencionar sólo a algunos. Ahora tenemos

a Jorge Arzate. Sus hijos literarios hablan, cantan, como en los ritos antiguos, y conciben una poesía auténtica, conmovedora. Mientras en el cielo de la poesía arde la moda de versos como prótesis de cuerpos maltrechos, Jorge Arzate hace vivir a otros seres y les entrega el don de la belleza.

Cada personaje es un sueño y Arzate adula a sus sueños. Los reconforta, “como si fueran niños inquietos”. Les da cuerpo y voz, extremidades y sombras. Les da nombres. Los posee. Los hace saltar de un poema a otro, de un libro a otro. Jorge muta su nombre a Dod, a Carmina, a Dalia, a Eva, a Edipo. Se multiplica en lugares: La Isla, Troya, San Isidro. Jorge Arzate crea mundos, los envuelve, los dispara, porque todo canto que permanece es un proyectil que atraviesa la historia.

Sea el lector invitado a la lectura de este libro que, dicho sea de paso, refleja el crecimiento de un poeta; poeta a la vez que amigo entrañable. Quizás más de uno comparta conmigo, al leer, el deseo de ver representadas las voces de estos personajes sobre las tablas de un teatro. Pues bien, mientras eso no ocurra, entre estas páginas se hallará la poesía: poderosa como la bala de un cañón de piratas fantasmas.

GALO GHIGLIOTTO
Santiago de Chile, 2014.

*Para María Jesús González Alonso
y Pablo Arzate González*

Tú sí sabes ahorcar
la luz bajo tu puño

GUILLERMO FERNÁNDEZ

Acaricias mi garganta
con tu voz y tu mano lejanísima

ANTONIO GAMONEDA

De
Canciones para los piratas ausentes
(1992)

En algún tiempo pensé que los piratas eran una especie de parlanchines bufones, que generalmente permanecían vestidos con extraños vestidos de color rojo y negro. Mucho tiempo después, al leer una historia de Yucatán, descubro que en todo caso se trataba de asesinos parlanchines. Realmente no puedo imaginar a una horda de ellos tomando a sangre y fuego un puerto o un poblado indefenso; menos aún puedo imaginar a Pie de Palo o Diego el Mulato asaltando Campeche; o a el Orlandés sobreviviendo de manera astuta e increíble a la persecución de soldados españoles. Por esta causa, creo, será mejor conservar una imagen gentil de ellos.

Una Isla es, sobre todas las cosas, un laberinto. Aunque no se trata de un laberinto cualquiera; es un laberinto de soledad. Ésta —mujer ingenua— se convierte regularmente en Minotauro o Sirena y su labor —su afición— es seducir conciencias. Además de todo esto, los laberintos se alimentan normalmente de, por lo menos, cuatro elementos: Sol —rayos de luz—, Agua, Oscuridad y Silencio-Risa. También, supongo por mi experiencia, que el mundo se encuentra construido de Islas; algunas de ellas son completamente invisibles, tanto para los ojos como para la inteligencia. De ahí proviene la extrañeza que caracteriza al mundo y el increíble actuar de sus habitantes.

Pero lo más importante es que cada hombre, cada mujer, carga su propio fantasma y su propia constelación marina: su propia Isla. La historia de los hombres no es más que la historia

de su mar, de sus playas y acantilados, y también el de sus abismos marinos.

Este libro es una canción; es una serie de canciones que hablan del movimiento circular de la vida, la imaginación y los sueños del mundo y los hombres. Simplemente es una música especial, es decir, con un poco de sabor a sal.

El eje del universo descansa sobre una canción,
no sobre una ley.

WALT WHITMAN

No protegeré las islas extrañas de mi memoria. Cada nombre se conecta a una isla, es una pared más en el laberinto...

MARIANNE TOUSSAINT

Tocas la puerta del sueño
escapas
 calurosa de mí
con música de caracola en tus manos
 trepas sobre la escalera de mi cuerpo
huyes de toda montaña rocosa
 de toda selva ardiente
sudorosa de melancolía
te agazapas dentro de alguna estrella

—Inexpugnable fortaleza para los hombres—

Tiendes el cuerpo sobre la cueva del agua
sobre lo alto de su tinte
 miras a los hombres
con sus sueños muertos
 ríes con abundante ansiedad
 como para apoderarte de sus almas
confusas máquinas de miedo

—Tórrido miedo que inunda nuestras sienes—

Corres hacia el eterno de tu voz
futuro límpido de escamas
libre de ideas maléficas
 que se nos adhieren al cuerpo
 hasta roerlo
hasta hacer de él jirones de pasión

—Madera calcinada por el faro que nos vigila—

Dejas caer la escalera
 sobre el mar y sus olas
cubres tus labios con ansiosa alegría
no quieres volver nunca
quedas petrificada bajo tus sueños
 pequeña niña de vestidos incendiados

Pintada de verde
la Isla
reposa sobre la roca de mar

Se clava en sus brazos

Observa
sin fastidio posible
(sin tiempo alguno)
el cielo poblado de espuma
de tintes blancos y azules
tierra poblada de ballenas y delfines

Observa al dibujante de caras
gestos
sonrisas y señales de invitación
signos de amor:
enormes textos de amor

—El cielo hace malabares
distráe a su amada exuberante

de los rumores al oído
que se depositan con crueldad
sobre sus contornos
(suaves refugios del tacto)
La salva de los gritos que depositan
las pesadas olas que le acosan
que la marchitan con irreversible fuerza
(que le clavan sobre la roca del mar)—

La Isla
simplemente
mira su hondura infinita:
transparente sueño

El paso del sol
pone matiz al escenario
azul
negro
cuando termina su desfile alegórico

El cielo tatuado de imágenes
juega en constelaciones brillantes
lagrimillas de luz laberintos de luz

Cada una podría caer de un momento a otro
sólo basta un soplo de luna
para que caigan sobre el menudo cuerpo de la Isla
y la vistan de reina enamorada

—De reina muerta—

Ella podrá pensar que por fin
ha conquistado al cielo
que le pertenece en su tibio sueño
que le podrá cantar

sus poemas de piratas
barcos y naos extrañas
de fantasmas perdidos bajo su piel
piratas melancólicos
siempre corsarios ausentes
que meditan el transcurrir del mar

Que sobre su vasta piel
podrá tender poemas de amor
tejer las palabras de su alma
que los podrá acomodar entre sus labios mudos:
decorar los contornos de sus ojos
con sus recuerdos

—Evitando colocar los que hablen de soledad
los guardará en sus bolsillos
llenos de flores rojas
y ahí se incineren con su aroma y color—

Todo es una ficción

El cielo no le ama

Juega a los espejos con ella

con el mar y su marea de colores
se dibuja para no dejarse

vencer por el influjo de sus ojos

cautivantes piezas de coral

—Inundados de insomnio—

Cada mueca rehace el círculo

abre la posibilidad del engaño

siembra débil ilusión

que brilla en los párpados secos de la Isla

Todo prosigue

da vueltas

girando en el escenario

los sueños se acumulan

uno tras otro
sobre sus pupilas negras

—Duermen los días
en su respiración apacible
descansan historias turbias—

Desde su llegada
muchas cosas se encienden dentro del cuerpo
 entran al barullo del sol
y salen de mi Isla inundada de mar

El barco pirata
con sus insignias cargadas de cansancio
 atraca sobre la roca de tela de la Isla
se atasca en su red de colores
 (construida de arrecifes y peces)
se pinta el contorno con música marina

Una estrella
 estremecida por el barullo
se tira al acantilado

Al caer
 su ola se traga la Isla
como un niño se traga un sueño
 —Venganza del suicidio—

Los piratas

temerosos de ver la estrella muerta
flotando en el mar como hilo luminoso
le recogen su agonía
guardan sus sentimientos en la bóveda fría del barco

Ahí desnuda el alma:

sola
convive con sueños y recuerdos
se funde con la madera del barco
se hace vela timón ancla

Termina por contagiarse de ellos

La pasión le gana y lucha
contra el silencio

La selva de la Isla se retrata
con el mar y con la estrella
se colocan frente a los fantasmas
de los otros piratas
(de aquellos que creían en la noche
en sus poderes
en su magia disimulada
en el mar y su sueño turbio
agitado por los pensamientos
aquellos corsarios se ahogaron
al mirar la estrella)

—Ahora la foto los devora—

Adiós a la montaña de la Isla
a sus lagos grises
girasoles de diamantes
recuerdos tendidos sobre la tierra

Los piratas han raptado la Isla

Con ella toda el agua de sus espejos
a la necesidad de mantener a los esperpentos
que habitan en las flores y en la noche
se la han llevado arrastrando
tras su carabela

—Laberinto de recuerdos—

Algunos piratas muertos
se funden con la roca de la Isla
sobre la arena donde el sol duerme
ellos sólo esperan la noche para volar...

Las carabelas se han llevado todo
la estrella bañada en noche
la Isla reflejo y caja de sus sueños
la arena sepulcro de los fantasmas
el mar

y su serenata de sal
los fantasmas de los otros piratas

—Esculturas de mármol—

Otros piratas
 (los anteriores corsarios)
también raptaron todo
menos el espejo en el que se miran

—En el que realmente viven—

Los nuevos piratas
 no podían llevárselo porque
 hubiesen desaparecido
 detrás del sol
 de su bruma jadeante
detrás de su cara de risa

La risa

Yo río como el capitán de la nave pirata
me balanceo sobre éstas sus palabras
no con el impulso del mar
sino con el impulso de su risa de ladrón

Todo es risa

bocanada de muerte:

La risa

Todo muere bajo su impulso
con armonía lenta
nadie lo piensa pero sucede

—Menos el espejo que nos sostiene
No pudo reír
pues ya está más muerto:
roca sobre el mundo
edificio que nos mantiene por encima del mar
tormentosa marea vital
petrificada imagen sobre nuestros cerebros—

¿Qué ha quedado de lo robado?

—Ruinas circulares
carcajadas en laberintos de sal—

Risa

perversa joven de luz
que se nutre de lluvia

—Arena tatuada de espanto—

Risa desnuda que baila sobre la nariz de la Isla
blanca cumbre silenciosa
carcajada que se halla al final de
una acuarela

Hálito que
camina despacio
como para no asustar a sus víctimas:
que se desliza sobre los pequeños laberintos de
la hermosa piel de la niña
para caer
(por sorpresa)
sobre su sexo: copa cristalina de la Isla

Huracán que azota las palmeras
con su cúmulo de fantasmas
(podridos cuerpos por la sombra de luz)

—Traficantes de música—

Dod ¿Cómo destruir la risa
si se encuentra pegada a mi piel?

Yo necesito al mar
para cantar con su música al oído de la estrella
mirar al cielo
y deletrear su color lleno de pasado

—Camino melancólico—

Necesito la arena con su sofocante aspecto de sol
(metamorfosis de luz)
la carabela pirata para
poder llevarla entre las manos
y poder arrullarle en los días de lluvia
los piratas me son necesarios
con sus gritos y sus voces de metal oxidado
que penetran en la Isla convertidos en topos:
viejos ecos de frenéticas tempestades

A los piratas que me robaron
toda la tierra y el océano de la Isla

—Menos el espejo del tiempo:
reloj que habita el corazón—

Sobre el arco del mar
 (puntal del mundo)
vienen otros piratas

—Viajeros del tiempo—

Dicen ser corsarios marinos
dicen ser felices
no roban escenarios
 simplemente los toman
 para besarlos

¿Cómo no ser el capitán de esos
 corsarios errantes de estrellas?

Adiós a los piratas...

—Sólo encuentro malos piratas en el espejo
de mis manos
cada una de mis uñas es espejo
que late y que mira a los ojos
roca pulimentada
que cree ser libre del mar
de su loco influjo
de su sinfonía que amortaja
y envuelve los oídos—

Adiós a los corsarios terribles...

La pequeña niña
les dice adiós
mueve su brazo diminuto
para despedirlos

Su leve movimiento rompe la calma:
la cortina del aire y los pensamientos que le rodean

—Ella llora en el fondo
sobre sus vestidos incendiados—

Mira el horizonte
que se va con la nave pirata
mira su vida
que se va con la nave corsaria

—Ella
centro del universo
sus ojos
espejos que le sostienen

por encima del mundo
de los sonidos
del mar—

La Isla se peina sola

Mira la luz de los días
recorrer su cuerpo
las caracolas de su cabello largo
petrificarse al contacto del calor

Todo es acto religioso

solemne soledad
que juega con las perlas de su piel
con las caracolas escondidas en su pelo

Se peina

a espaldas y de frente al mar
mira el fondo de su soledad de su alma
mira su reflejo de cristalino augurio
se deja caer en él
como el tiempo sobre los piratas
su caída no tiene remedio:
se ahoga en él...

¡La Isla se muere! (lento movimiento)
se muere peinándose de espaldas y de frente al mar

El amuleto del capitán pirata
 quedó olvidado sobre la playa
 (sobre la palma de la mano de la Isla)
Alguna gaviota lo tomó como tesoro
lo untó a cada árbol de su cuerpo
 para provocar la lluvia

—¿Quería librarse de la fría vigilancia del sol
 de su mirada marchita?—

Una lluvia de lágrimas
destrozó la cara de la niña
 su vestido incendiado se apagó
y todo
 menos el amuleto del capitán
se consumió dentro del espejo

Lloró el tiempo
y la lejanía del viento estalló en color

—Cíclico destino el de los hombres—

Bajo el brazo de la pequeña
una caracola sonrío
se siente a salvo de la lluvia
de su espejo incoloro
y del calor sofocante del sol
piensa que vive de la música
que de ella exhala la vida de la niña y de toda la Isla

—Ladrona de vida (la lluvia)
que la devoras
a ella y a sus vestidos
que la masticas un poco
hasta que su corazón se convierta en sal
y su alma se funda con el fuego
y también ella
(la caracola)
muera de opacidad:
de muda soledad—

Después de la visita de los piratas
 en la Isla todo se devora a sí mismo
cada cosa se carcome bajo su sombra
 o bajo la humedad de las tardes

Las cosas
 y los animales fantásticos que la habitan
se evaporan sin pensar en su destino
se condensan en mil formas
 de pinturas exóticas
¿qué queda de ella sin los piratas?

—Los fantasmas de los piratas muertos
 la recorren
entonces los laberintos de sus poros se abren
 y el mar se cierra un poco—

Siluetas
 de insectos secos y alargados
recorren sus parajes verdes
 pero inhóspitos

buscan el lugar que los contiene
el lugar donde mana la música
el lugar donde mana el ritmo
que los mantiene encantados durante el día
que no les deja salir de su piel

—Jamás lo encontrarán
pues este lugar vive en sus propios oídos
debajo de sus párpados de bronce—

No lo saben
pero ellos sacan la música de sus cuerpos secos

—También es ahí donde la sinfonía del mar
se recrea y da vida a toda la Isla
cueva ardiente de música—

Sin los fantasmas no habría instrumento
ni música alguna
nadie danzará más durante el día
nadie dormirá porque no hay sueños
tampoco los fantasmas podrán vagar
buscarse entre las sombras de sus sombras
soñar siquiera que es posible la vida

Un reloj de arena

permanece colocado en el horizonte
más allá del océano
en algún continente extraviado invisible
o atracado en donde las olas forman Islas nuevas

Reloj inexpugnable

—Ni la imaginación ha podido voltear
mover de su lugar de voz seca dura
de ese lugar hecho de vísceras y corazones
de miles de hombres
de rocas sedientas de tiempo
y de madera
de sal
y metales preciosos—

Péndulo-columna

sigues ahí
ebrio de alegría

contando vidas:

diciendo tiempo

¡Súbita explosión!

La lluvia se torna en obscura nevada
copos de nieve que con brazos enormes toman la Isla
la hacen hielo:
tristeza

—El frío cobijó al mar
y el sol dejó de brillar por siglos—

La gaviota
la caracola
se tiran al acantilado
con grito tumultuoso

—Silencio sensible de su voz—

El suicidio respuesta evasiva
del frío de sus cuerpos
desprendimiento mortal de la Isla:
sólida masa convertida en flujo humano

La Isla es perversa

Más aún que el reloj de arena que nos observa
tras el horizonte
más que la carabela pirata
y su bandera de esqueleto

Aliada de las formas de los fantasmas sombras-insectos
figuras portadoras del alma de la niña
de sus vestidos incendiados
piel y sexo

También son los fantasmas los verdaderos cuerpos

—Cajas de obscuridad que juegan con estos poemas:
con tus ideas fantásticas y con Dod único habitante de la Isla—

Que contienen la noche
y la estrella moribunda:
reloj de arena

Son los verdaderos piratas
los que se llevaron todo

—Menos el sueño del reflejo
el profundo y sórdido sueño de la vida—

Si pudiese vivir algún día
sobre la Isla
retornar a ella con objetos robados al mar
tal vez me convertiría en uno de ellos
para violarla durante una noche húmeda
después de la lluvia
besarle
robarle el corazón

tejerle uno nuevo
que responda al eco de las palabras
de nuevo incendiar sus vestidos
devastar el frondoso follaje amarillo de su aliento
robarle toda la música de su boca

Pero ella
ya no existe...

Desvanecida

sobre el espejo del sol

la Isla se hace roca de sal: transparente enjambre de medusas

se muda a un tiempo de colores vacíos

preñado de risa

encanto de la soledad más inerte

Por desgracia

las Islas han dejado de existir para los hombres

porque los hombres son las islas

sus caras rocas

sus manos playas

sus cuerpos lluvias agitadas durante la larga noche

—¿Acaso existieron los hombres?

fantasmas de los fantasmas:

sombras henchidas de pasión—

Un pirata noble
 (amaba la Isla)
antes de su partida
 antes de abandonar la desnudez de la niña
escribió un poema
 sobre la concha de una caracola:

—Escribir mirando la estrella muda
 llorar sobre el poema porque somos lo mismo
 porque somos presentimiento del destino de
 nuestros fantasmas
 del destino de los hombres:
 de todos los piratas—

“Vale la pena vivir los días de los muertos
 sentirlos cómo se ungen en la cara
 como pequeñas burbujas de calor
vivir los días sin descanso
 mirarlos al espejo
 como para dibujar la crueldad de los mismos
sentir su peso estrujante

sólida música
(metal extraño)
pasear sobre los territorios prohibidos a los mortales
sembrados con mares profundos
y abismos de flores negras
llenos de pequeños monstruos teñidos los cuerpos de azul
de vientos que sólo alcanzan a mover las canciones
de las rocas

Tomar el vértigo por asalto
sentirse como residuo de lo que fueron
lo que nunca fueron
lo que nunca pudieron ser
coleccionar sus insultos
colocarlos dentro de un libro de Borges para que la
metafísica se los coma
para que se pierdan en la Biblioteca de Babel

Caminar en los días de los muertos es sacar los recuerdos
de la boca
ponerlos a disposición de los necesitados
de los pobres labriegos que deambulan en los pisos
cerrados de las horas
leer el futuro grabado en los cráneos: magras
máscaras de vida

Caminar

exhalar cuadros develados por el tiempo
por la fuerza de las olas
y su golpeteo de campanas

En los días de los muertos sólo se pisa pasado
sólo se vive de sus risas:
de sus ecos...”

Desde el árbol más alto

—Clavado en el cielo—

desde lo más alto del mar

—Límite del pensamiento—

miro en torno a ella

cómo se incendia

miro al mundo cercado por el espejo

trágico mundo verde

que se ahoga sobre su fango luminoso

agotado por el sol

mirada

(aquí instrumento inútil)

que no encuentra dónde posarse

que no encuentra punto de referencia

difícil espejo el de la vida

—Los únicos culpables
han sido los corsarios
(los vivos y los muertos)
por haber llevado tras de sí
el maravilloso juego de la Isla—

Qué pasa con los sueños cuando escapan por las ventanas
por las ventanas de la nao
por qué escapan si aquí nutren el insomnio de los días
si nutren y sostienen la vida de los recuerdos
almohada de los hombres

—Su único reposo—

Qué harán sobre montañas mudas
sobre ríos llenos de lágrimas de pescadores
sobre árboles y esporas amarillas
en sus soledades de madera y follajes inertes
en destellos de agua que ahogan la
visión
(y sobre el calor del sol que agota tanto a los fantasmas)

Durante la noche a quién podrán consolar con su marea de
colores
a quién donarán sus maletines de pinturas
a quién confundirán con sus trucos de circo

Por qué los sueños vuelan
Por qué tienen que caminar rápido
 si yo les acaricio entre mis párpados
 si les dono calor con mis ojos y manos
quién les incita a la huida
 a la rebelión contra los hombres

O será que agotados de mostrar interminables cuadros
 a los ojos de los hombres
 de hacer mil malabares y saltos para distraer sus
 pensamientos atroces
 han decidido disfrazarse de bufones
confundirse con las siluetas de los fantasmas
se han cansado de coexistir con la lógica del sol
con la lógica de los habitantes de la nao que sólo piensan
 en el día: en llenarse de luz
 (solamente devoran sueños)

Acaso habrán encontrado mejores tareas
 en montañas mudas
 y en ríos llenos de lágrimas de pescadores
será que se han condolido de sus soledades bañadas de
 color
bañadas de sol

pobladas de fantasmas
y de pequeñas Islas muertas

Luz solar

Luz que fornicia sobre las desgarradas siluetas de los

fantasmas

que penetra en las rocas calcinadas

en cada partícula de arena que destella silencio

que forja la verdadera Isla

la de los modales seniles

mohosos por la permanencia cercana del tiempo

una Isla exhausta por la pesadez

de toneladas de luz sobre sus pupilas y párpados

Luz solar

que como túnel oscuro

se ha metido entre sus ropas

en sus venas y arterias

—Por la que circulan espectros sedientos

Se ha metido para buscarlos—

Senos desgarrados por la luz
sexos que consumen e incendian luz

Todo es luz:

todo crea sombras

todo imita a los fantasmas

sus voces de ceniza

sus movimientos rítmicos de confusión

y su cólera escondida bajo sus hombros

—A la necesidad de sembrar flores bajo sus ojos—

La sombra

y los túneles vacíos

son los saldos de la obstinación de la luz

resultado de su maldad infinita

sólo sombras sobre los corazones de los fantasmas

que escapan de mí

montados sobre los sueños de algunos hombres

sobre los hombros de los piratas mayores

se transportan a nuevas Islas:

ficciones de luz

—Pero a pesar de todo ello

los ausentes siguen siendo los fantasmas—

De
Recuerdos de la casa azul
(1996)

Carmina

Estoy cansada. No aguanto más, no soporto el calor constante. El médico ha dicho que es necesario me traslade a Puerto Grande, que ahí podré sanar del todo, que el hospital es bueno y no tan desagradable. Pero es inútil, lo sé; quién puede negar la furia de un tornado. No entiendo la necedad de la gente cuando ya saben que uno está muerto. Lo único que queda es mirar el mar para irse recogiendo a su lado. Irse con él, junto con él, en cierta paz; saborear sus brazos, su calor y fortaleza.

Dalia

En medio de Playa San Isidro

Ella descansa

Busca el aliento del sueño para dejarse al olvido

Desde el día de su muerte

La frágil Carmina

Habita el sendero de arena y sol

Que es Playa San Isidro

Lo sé bien porque la sigo oliendo

El carmín de sus labios me persigue

Después de muerta

Como débil flama de linterna pena su respirar en
todo el pueblo

Se oye su risa

Se escuchan sus pasos

Hoy es un sonido que se esparce sobre los recodos
de la bahía

Hebra de hilo que reptaba en Playa San Isidro

Fantasma de agua y arena

Con las sonrisas de la luna continúa tejiendo
sueños en los hombres del puerto

Mientras en el fondo del mar instaura un reino de
peces

Ahí En su sueño

El cielo sigue turbio

Cansada de amor duerme Fatigada de celo
expía penas

Tranquila

Cobija los espinos de aquel sueño de la Casa Azul

Dormida Sin fin

Añora las caricias y besos de él

Su portentoso cuerpo insaciable

Mitad hombre-mitad bestia

Añora mi cuerpo

Mitad campo-mitad mar

Carmina

Aunque no lo recuerdo muy bien, siento que fui feliz. Después de todo ella nunca me venció. Se sabe de casos en donde el simple presentimiento de la muerte termina con uno desde el principio. Soy Carmina, nací un 16 de diciembre de 1970 en San Isidro, un pequeño puerto perdido en la costa, más exactamente, en medio del mar y del sol. Nunca me moví de allí. Nunca tuve intención de salir. No dejé que mis sueños me pidieran imposibles: con calma esperé. Esperé a que todo llegara a su tiempo, a que llegara Dalia con su caja de perfumes y libros de viajes. Siempre hay que esperar, sólo esperar.

Dalia

¿Carmina por qué no cuidas tus sueños?

Colócalos en la ventana vacía En el jarrón grande

En aquél donde recojo murmullos del mar para tu
pócima

Coloca incienso a sus lados

Para que tomen color

Acomoda palabras

Que brillen

Que se conviertan en flores de tiempo

Que los pueda comer en pequeños bocadillos

Con sabor a limón

Carmina Guárdalos bajo tus senos

En cualquier otro lugar comfortable

Seguros del viento de otoño y de los huracanes de
marzo

Adula a tus sueños Confórtalos
Como si fueran niños inquietos

Ponles un juego de ciegos
Cultívalos con el agrio licor de las uvas
Arrástralos a la taberna del puerto
Siéntalos junto a Lupe
La Petenera de grandes pechos
Que prueben de su jugosa piel y labios de pez
Cuida de ellos

Así tendremos un motivo de consuelo
Una excusa para continuar juntas
Mirando el mar Dentro de nuestros ojos

Envueltas a cada instante
Bajo el calor de la piel

Carmina ¿Cómo podré convencerte?

Yo podría ayudar
Me encargaría de las tareas más arduas

Lavaría el sudor que los sueños despiden durante
las noches de huracanes ciegos
Recogería el néctar del mar que se esconde debajo
de las piedras del acantilado
Quitaría la sal a los rayos del sol
Si tú lo deseas
Podría espantar la melancolía que como insecto
trata de comernos

Cultiva tus sueños Carmina

Procura mantenerlos limpios
Alegres

Si fuera posible te haría un hermoso traje para los
días húmedos

Dod

Él

Viene

Con impetuoso galope
Derruye todo a su paso

Desflora doncellas

Sus ojos relámpagos
Su piel veneno

El humor negro lo hunde más sobre la piel

El laberinto gime de dolor

El laberinto se revuelca de dolor

En odio

En envidia

En placer

Galopa
Pero realmente no existe
Los Minotauros no están en ningún lado
Sueña
Es un fantasma
Un cadáver
Nunca ha visto luz
Sus ojos secos destilan tinta
De las portentosas piernas nacen árboles
Su voz eco vacío

El Minotauro es el laberinto
El laberinto: el deseo

Dalia

Siempre he tenido una vida inestable, quiero decir, sórdida. De forma inexplicable detesto el sol y los espejos, pero éstos me han perseguido. Mi única obsesión, por lo menos la más confiable de todas, es Carmina. Ella es una joven menor que yo. La conocí en una fiesta en casa de Dan, mi único amigo real. Aquel día la ciudad estaba brumosa y fría. Ella vestía un hermoso vestido rojo que le hacía resaltar sus labios delineados y carnosos. Sólo dijo que yo le gustaba, que le gustaba mucho. Después de conocerla el tiempo dio un vuelco, la vida fue espléndida durante meses, años, no lo sé con exactitud. Hasta que la enfermedad de Carmina llegó a la casa, nuestra querida Casa Azul. Ahora ella se ha ido, me ha abandonado para siempre. Estoy sola y no sé qué hacer. Creo que será mejor dormir un poco para enfermar al igual que ella.

Carmina

¿Recuerdas aquel día en la playa cuando nos extraviamos con el sol? Estabas tumbada sobre la arena; llena de esa felicidad que te cubre en días como esos. En un principio tan áspera. Soñabas todo el tiempo. Recorrí la playa muchas veces hasta quedar rendida. Después tu cuerpo, Dalia, el atardecer y su sueño lento, perezoso. El mar se nos echó encima; entró en los cuerpos como ráfaga de lluvia: los labios carnosos, los ojos como cuevas, el sexo húmedo y tibio. Dalia, ¿lo recuerdas? Fue cuando comprendimos lo limitado que nos hace la soledad. Supongo que te diste cuenta; cuando te besé, el día se acabó por un momento, se borró el mar bajo un sol candente: dejamos de existir.

Dalia

¡Pero tus sueños!

De qué tratan

Qué demonios contienen

Qué guardan que cuando me acerco se oyen gritos

Eres tan extraña Carmina

No conoces tus laberintos

Te encuentras perdida en el vacío de unos ojos

En el vacío de la ventana que mira la playa

Carmina

Carmina Despierta

Aunque no me escuches sé que continúas

respirando

Eso es bastante para conservar un poco del

ambiente de la casa

Hoy
Nuestra Casa Azul
Con sus amplios patios y ventanales palidece

Se cae

Tú no haces caso No te levantas ya

La luz se apaga

Su rastro se pierde por debajo de las puertas

Y tú no haces caso

Continúas inmutable como ese mar

Sin razón

Ni tiempo

Quieto como la vida

Que no corre Camina sobre delgadas cuerdas
tendidas por gaviotas

Carmina

Defiende la casa de los delfines

De los insectos marinos

De las ballenas
nocturnas

El coral ha comenzado a tapizar paredes

El musgo acaba con las sábanas

Y tú en el laberinto de tus sueños

Esperando a no sé quién

Deseando el final

Ese dolor-deseo en tu rostro

Me llena de miedo

Carmina

Anoche regresamos por el camino antiguo. Teníamos miedo y caminábamos con rapidez; ahí encontramos al viejo deformado por primera ocasión. Terrible vértigo ver su cuerpo retorcido, amarrado a sí mismo, como árbol que camina. Se detuvo un momento y nos miró con deseo, un deseo incontenible. El resto de la noche corrimos hasta llegar a la casa pensando que venía atrás, acercándose. Ya a salvo, en la Casa Azul, el miedo tomó cuerpo, se hizo enorme, nos atajó el paso; era el verdadero árbol: potente, furioso. Pensamos en lo triste que sería vivir en un laberinto hecho de árboles. Fue cuando decidimos salir de la casa a observar el cielo nublado y nos dimos cuenta de la visita de las ballenas.

Dod

El Minotauro

A trote sobre una pradera de sal

Conmueve el ambiente

El eco retumba leguas adentro

Él

Huele el aroma de la doncella enredada en el

mármol del laberinto

Jadea

Destila piedras y rocas de azufre

Como sabueso descubre el camino correcto

Utiliza los secretos milenarios de los libros

Ve

Tienta

Presiente los caminos correctos

Escarba túneles

Tira montañas

Desvía ríos

El tiempo se repliega
La memoria se hace roca

Él
Corre enloquecido
Destruye paredes
Derruye castillos
Desinfecta trampas

Ella
Sabe bien el destino
El instinto le arrebató
Le ciega y paraliza

El tiempo se contiene
El laberinto deja de escudriñarse
Su movimiento de víbora cesa
Acechan ojos
Pero la cerradura aún no se abre

Ella
Se deja caer tendida a la complacencia
De entre las piernas nacen ríos
De los ojos se destilan sueños
Mientras que las manos se convierten en

desbandadas de pájaros que besan el cielo
En el centro del cuerpo renacen minas de
diamantes

Él no llega
Pero se sabe que viene rápido

Está aquí

El encuentro es fatal

Sin tiento
Los cuerpos se matan trenzándose
La pequeña muerte
Ataja
Poco a poco

Carmina

Dalia

Quédate aquí junto al sol Sobre mi espalda
Con esta música que me cierra los párpados
Hace mirar la profundidad de mi cuerpo
Imaginar todas las noches que no se han vivido
Bebiendo la memoria para cerrar grietas de
 mis manos
Que extirpa es espanto de mis venas

Pero qué puedo esperar si el temporal no permite
 una mirada de más
Qué puedo esperar si como sobra de sal espero
 la llegada de él

Desgracia la nuestra de vernos clavados a los
 cuerpos

Al sexo que habla al oído de misterios lejanos en
 el tiempo

A la tormenta gris de él

A su garganta

A su grito

Atada inútilmente a las piernas

A la piel

A mí

A ti Dalia

Dalia

Dame de beber un poco de ese tu consuelo

No esa pócima amarga que preparas en la
madrugada

Dame de comer vida no frutas ni dátiles

No me dejes sola

Nunca me dejes con la mirada vacía

Deja de temblar

Encinta de melancolía ya no se puede imaginar

Grita Dalia

Grita más fuerte

Que el alma escape en el grito

Que se quede en las olas del mar

Que se vaya lejos

Tan lejos que no quede su sombra
Que se ahogue en la garganta del mundo
Que pierda los ojos
Para que la memoria se convierta en un
pez con alas
Y el deseo en un triste reptil

Grita Dalia

Ahora

Antes de que se vaya el sol del todo
Después será inútil
Porque sin luz la sal hace de los sonidos

Olas

Y las olas se pierden en el alma

En el deseo

En el cuerpo del Otro

De él

Sálvame

Sálvate a ti

A tus sueños rebeldes

Dalia

Obscurece ya

Todo es imposible

Guarda tus ojos
para mejores días

Dalia

Afuera todo era oscuro pero adentro el mundo era radiante. En la Casa Azul siempre era de día. Al principio la luz surgía de una gran ventana; era en verdad hermoso, ¿recuerdas? Después se apagó. El exterior inundó la casa y el fuego del interior se fue debilitando poco a poco; eso fue a causa del insomnio. Tu muerte selló la cripta, el presentimiento de la mía aseguró que el tiempo dejara de fluir: que el mar se instalara en la mesa del comedor y se quedara ahí, cantando para los barcos y para la bahía San Isidro. Tal vez, en otro tiempo, un marino descubrirá la historia escrita en pergaminos de sal y las dos seremos inmortales.

Carmina

Los relámpagos de la tormenta me despertaron y sentí como si nunca la hubiese visto. Como si fuera la primera vez que la amara. Me encantó el rostro: terso, húmedo, como recién bañado por la lluvia. Tuve miedo. Un escalofrío recorrió mis huesos. ¿Qué pasa? ¿Por qué este sueño me ahoga? ¿Por qué un sueño por lápida? ¿Qué le pasa a mi cuerpo que cuando duermo, al despertar, pareciera que ya no soy la misma? Lo mejor es que en ese estado de olvido ella me era más hermosa: sentí que la amaba con fuerza. Me levanté y fui directo al agujero de luz. Quería saber si en las noches de tormenta permanecí ardiendo. Pero no, se había apagado. Luego pensé que los relámpagos eran la respuesta o, quizá, el torrente de luz se había ido a refugiar en los ojos de ella. Pues, de lo contrario, cómo explicar tal encanto en el rostro. Desde aquel momento decidí no pensar más en la fuente de luz. Sabía que estaba a salvo y que tarde o temprano se apagaría por completo.

Dalia

Enfermaste un día de ambiente raro, sin sol. Tenía que ser así. No se podía escuchar el batir del mar; traté de medir el cielo pero fue imposible. Desde aquel momento todo se fue apagando. Hubo la necesidad de usar velas y después inventar grandes lámparas de aceite. Nada podía apagar el frío. La obscuridad, poco a poco, cubrió tu rostro con un velo de muerte.

Dod

El campo huele a cuerpo
Sabe a cuerpo
Hay palabras tatuadas que dicen cuerpo

Las piernas de la doncella
Largos pilares de mármol
Se deshojan con facilidad
Dejan caer el resto del cuerpo a su suerte

Las trenzas del cabello se desatan
Corren ríos pero su agua se consume
En medio de un sopor desértico

Miasmas
Y fluidos se trocan en pedazos de oro
Hasta que el silencio es un hielo perpetuo

El laberinto canta al silencio

El laberinto

Continúa estático

Reteniendo el odio en las manos

Es él quien ha vencido en la dura batalla

El Minotauro no es nadie

Sólo un visitante más en el desierto del cuerpo

Dalia

En un principio sentíamos la voracidad del sol sobre los cuerpos. Ese cosquilleo que juega entre los labios y la lengua. El mar seguía fluyendo en las venas. No probábamos bocado alguno más que el de nuestras propias bocas. Pobre remedio, pues la maldad estaba echada para sepultarnos vivas. Sí, oíamos la muerte, solas, enterradas en la casa, indefensas: al acecho del tacto, del duro frío. Todavía resistimos un tiempo con la armadura de los cuerpos. Con los sueños domesticados no hubo problema, se mantuvieron bien con la envoltura de peces y algas, pero al final el deseo se apagó. Se fue a otro lado.

Carmina

Minotauro

Escribe una historia para mí

Aquí

En el Sexo

Que sea dulce

No agria

Que su sabor desdoble los paños del deseo

Que sea prudente como tu brazo

Como tu espalda:

Dura pero dulce

Que haga despertar al laberinto en medio de su
confusa armonía

Porque una historia no tiene que ser dura

Procura que los actos resbalen cual lágrimas de
luna

Y la memoria de los hechos produzca sueños de
amor

Minotauro

No dejes de venir

Habla

No dejes de pensar en mí

En mis labios de sal

Dalia

Durante el sueño

Carmina se desvanece

En un hilo de ámbar

Tiembla un poco en el cristal de la mirada

Un malabarista se asombra por la exactitud del
acto

Afuera El tiempo

Se quiebra al aliento de Carmina

No conoce nada

No percibe nada que no sean los recuerdos

Carmina

Diluida en solución de amor

Tiembla en el aliento de Dalia

Vibra en la piel de Dalia

Tendida sobre el hierro del fuego

Se consume en Dalia

Se muere en ella

¿Hasta dónde habrá que llegar Carmina?

Recoge tu pelo mojado de amor

Despídete de la vida

Del sol que nos quema

De las ansias de la sangre y su perjura

Despídete de mí

De los ojos que nos tiran voces lejanas

De las palabras que nos dan de comer

Despídete de la luna

Manzana de fuego solitaria

Adiós Carmina

Carmina

Carmina

Carmina

Cada día el camino de regreso se hace más arduo. Para un ser acostumbrado a vivir dentro de cuatro paredes y un sol esto es un martirio. No sé si resistiré todo el tiempo. Tal vez no. Me apoyo en el piso con dificultad. No por cansancio sino porque las piernas saben que voy de regreso y que, de nueva cuenta, no podré luchar contra él. Pienso que el camino me devora. El pueblo queda cada vez más lejano; a pesar de que aprieto el paso el pueblo parece más distante. A veces creo que nunca llegaré, que no habrá otro remedio que quedarse sentada en el camino, y que con el tiempo me convertiré en roca o renaceré en árbol.

Dalia

Carmina

Traza mis contornos mientras dejamos este
camino sembrado de ecos

De calor y polvo de luna

Ayúdame con el viejo que me acorrala en el
camino

Dame la mano

Carmina

No te separes ni un segundo de mi cuerpo
Porque los fantasmas pueden regresar y sacarte los
ojos

Robarte el alma

Acurrúcate junto a mí

Entra en mi sueño Camina lento

Sueña conmigo Carmina

Desde hoy este lugar es el lecho

Duerme

Duerme conmigo

En el laberinto de él

Dalia

Carmina

Carmina ámame
Comienzo a perder la vista

Pruébame Carmina
El tacto se me va

Rápido Carmina
Ya no respiro

Rápido

Dalia
Es hora de hacer el amor

Deshojamicuerpo
Ábreme lentamente
Penetra hondo

Tengo frío
Conservo tu olor

Tengo más frío
Escucho tu voz

Rápido

Que no soy yo

Socorre un poco de luz que ya no veo nada

Carmina

¡Qué hermoso sol! Tardé un poco en verdad. En el camino encontré a un viejo que me pidió que lo llevara a su casa, pensé que en estos lugares los viejos no existían. Pero no fue nada. Ya estoy aquí, Dalia, ¿me escuchas? El piso se encuentra sucio. Pobre anciano, estaba lisiado. Al final me pidió dinero y me besó la mano. También la ventana se encuentra sucia, mira. Me pareció que era ciego, pero no estoy segura del todo. Tengo hambre. En el pueblo está nublado. En el mercado había una turba de enanos que vendía y compraba cosas extrañas. Compré el licor y decidí salir de San Isidro; salí corriendo. Anoche soñé que yo era un pez y tú una máquina gigante de tubos de metal. ¿Qué sucedería si fuese cierto? No podríamos permanecer jutas. Eso me llenó de tristeza, mucha tristeza e incertidumbre.

Dalia

Hoy he descubierto por qué detesto los espejos: me reflejan el enojo de sentir que tengo cuerpo. Me crucifican con su exactitud al ponerme enfrente de mi propia imagen. Como todas las imágenes la mía es burda, horrible: las profundas ojeras, la nariz tan extraña, los brazos y piernas en extremo delgadas, me da pánico saber cómo soy. ¡Malditos espejos! Si pudiera los quebraría todos, uno a uno hasta borrarlos de la faz de la tierra. Esto mismo me explica el temor que siento ante el agua cristalina y el mar, que al fin y al cabo son espejos, más diáfanos, con mayor poder entonces. De niña mi madre me obligaba a peinarme enfrente del enorme espejo de la recámara. Parecía que la recámara no tenía fin y que me encontraba entre miles de objetos. Que estaba a su merced y voluntad. Recuerdo que cuando Carmina llegó a la Casa Azul traía consigo un espejo mediano, enmarcado en madera fina, despedía un olor penetrante, agradable y a pesar de ello no permití que siguiera en la casa. Lo quebré como todos los demás. El día que rompí el gran espejo de mi madre, el miedo me tomó prisionera. Desde entonces mi madre me pensaba como poseída de espíritus; pero ahora lo sé, todo era simple odio a los espejos y eso me hace más libre.

Carmina

Dalia

Es hora de leer el pergamino de los recuerdos

Abrirlos al sol

Quiero que brillen como flores amarillas

Quiero que el ojo-cíclope los bese

Una vez dentro del ojo solar

Con lengua de fuego

Lamer sus paredes

De miel sólida

Encontrar la riqueza que se esconde en el oleaje

De entre las piernas

Descender al Laberinto

No escucho nada

Continúo caminando

Adentro

Más adentro
No sé hacia dónde voy

¿Eres tú o él?

¿Quién de los dos me ahoga?

Me tonta y quita el aire de la boca

Con besos áridos

Quiero caminar en el laberinto sin ver

A tontas

Dejarme ir

Adentro del laberinto

Dalia

No comprendo la enfermedad, nuestra enfermedad. Quiero creer que se trata de algo simple, pero ella se muere, gime, llora, se hace loca envuelta en una fiebre de sueños. El médico no sabe lo que sucede; lo sé porque cuando habla se turba y en sus ojos brilla un destello de incertidumbre. Al fin y al cabo, qué sabe la ciencia de esto. Nada, simplemente nada. Se trata de algo diferente, producto de la locura, de la magia. Por ello más doloroso. Es algo sin remedio, por ello más fuerte e indescifrable a la razón; relativo a la paradoja de la muerte. Habrá que ofrecer oraciones al mar y sus bestias, al sueño y sus laberintos, al amor y su eterno duelo. Habrá que lavarnos el cuerpo con agua de congoja y alimentarnos con cactus y musgo del desierto.

Carmina

Dalia

¿Es que no puedes ver algo más que melancolía?

Empeñada en recogerla en flores Todo el día
Todos los días

Aquellas plantas enormes que chupan sol para
después dejarse morir

Del mar abierto

Y de los ojos de los viejos

La recoges a puños

Dalia

¿Para qué sirve todo esto?

Mira que yo zurzo los días a tu piel

Para sostener tu aliento un día más

Con aroma de castillos me perfumeo
Para ti
 Sólo para ti recorro las horas sin pena
Pero tú te mueres en tus sueños
Te dejas morir como asfixiada por algo o alguien
 Sin cuerpo

Ahora de qué sirve la Casa Azul con todos sus
muebles

 De madera labrada
 Y grandes ventanales que miran al mar
Con sus rincones perfectamente diseñados para
 guardar ecos y pasos de visitas lejanas
Esa inútil soledad nuestra
La que con ciega prudencia fuimos forjando
A base de milagrosos encuentros con fantasmas
Todo se muere contigo
 Se muere con los sueños
 Se derrocha en tu sudor y tu fiebre
 Se desperdicia

Quiero saber si todavía estás aquí

Si es que aún respiras un poco de las olas del mar
Si aún gustas de admirar peces y estrellas ebrias

Si aún anhelas los días llenos de sol

Si aún anhelas mi boca

El jardín se ha secado

El camino se despeja

Se escucha un eco: el trote de una bestia

No se ve nada

Es él

Dalia descifra los signos del mar Ahora

Dalia

Durante los últimos días he notado que su físico se ha puesto mal. La noto cansada. Las noches son malas, cada vez es peor. Es como un gran insomnio que le atormenta, que la hace su esclava. El cuerpo sufre convulsiones y el sudor baña la cama. Es el trópico, con seguridad. Pobre Carmina; hoy no podrá levantarse y yo no podré verle los ojos. Qué tristeza, pues a la vez algo en la casa se apaga; algo que no logro ver pero que siento. No lo entiendo. Sé que algo malo se acerca, lo siento bien.

Dalia y Carmina

DALIA: ¿Has visto el mar los últimos días?

CARMINA: No. ¿Por qué me lo preguntas? El mar siempre es el mismo. Nunca cambia. Está lleno de ballenas.

DALIA: Hay algo diferente, no sé; es como si brillara más. Como si estuviera feliz, rebosante.

CARMINA: No, Dalia, el mar no puede estar feliz: está muerto.

DALIA: ¡Escucha!

CARMINA: ¡No escucho nada!

DALIA: Para un poco. Detengámonos.

CARMINA: Pero... ya casi llegamos a la casa; y este camino es...

DALIA: ¡Para, te digo!

CARMINA: No quiero regresar de nuevo, sería la quinta vez. Odio los laberintos, tú bien los sabes.

DALIA: ¡Es música! Te dije que el mar está diferente. En realidad lo está. Son las ballenas que nos llaman.

CARMINA: Sigamos adelante, Dalia, yo no escucho nada; sólo escucho el silbido del viento y el eco de nuestros pasos; eso me da miedo. Vámonos, Dalia, vámonos rápido de aquí. Por favor, regresemos que la casa está cerca; mira, desde aquí se puede ver.

Dalia

Carmina

Sólo en el pozo del sueño puedes permanecer
quieta

Como roca dormida mar adentro

Cortado el perfil por un atardecer permaneces
dormida

Enferma

Con una cara de felicidad que rompe todos los
sonidos

Continúas sentada en el ancho horizonte que es
nuestra cama

Observa

Sigue esperándote

Sentado en el tedio de su laberinto

Tan impetuoso como siempre Pero triste
Muy triste

Mira Él

Llora

Llora por ti

¿No lo ves?

Se martiriza con la punta de una roca

Sangra

Él se muere también

Siente tu agonía

Carmina

Olvidalo

Concéntrate en mí

En mi piel y en mis ojos

Esclavízate en ellos

Sólo en ellos

Dod

Cuando la noche asaltaba la casa

Ella quedaba callada

Amaba el azar

Sin vista

Sin ojos

Sin alma Permanecía intacta al mundo

Era como un gato merodeando la luna

El silencio de la bahía

Le reprochaba deseos perdidos

Mientras tiraba recuerdos al acantilado

De su pelo

Piedras de luna sembraban el rumor del mar

Magia estática
Objeto intangible
Doble acierto el del silencio

Adoraba ver la música que no oía
La de la roca y la del mar
La que sale de la voz nocturna y palpita en el
corazón

Música que le despoja de algo parecido al abismo
Ese abismo que cargan las miradas de los
viejos

En realidad los sueños están vacíos de calor
Mudos cactus estériles
En medio de un desierto de púas
Decrépitos seres irreconocibles
Con indecisos movimientos
Estrujan el vientre
Siembran en él un viento amargo
Llamado deseo

Carmina

Dalia, ¿me escuchas? ¿Por qué tengo que despertar a esta hora? Las dos de la madrugada. Despertar para escuchar el paso del tren de las dos de la madrugada, despertar sólo para escuchar su sirena, su pesado paso que corta la noche. Recuerdo que de niña también me sucedía. Qué raro. Estoy condenada, encadenada a ese grito que se traga la noche. Me da la impresión de que se trata de una gran masa de piedra que recorre todo el cuerpo de la noche a una velocidad increíble, que no es una máquina sino algo sobrenatural, algo completamente irreal, que va incendiando la obscuridad y el frío de la noche, que la carcome y le roba su preciado silencio, ese silencio que tanto me agrada. Quizá solamente por eso lo hace. Y su sonido me aplasta los ojos, se clava en mí. Dalia, ¿me estás escuchando? ¿Por qué tenemos que despertar a media noche? ¿Acaso no sería mejor seguir durmiendo para siempre? Nunca despertar. Ese tren me inunda de miedo, como tú, Dalia, como tu boca y tu amor.

Dalia

Debajo de un río

Mudas

Atadas al deseo del agua

Mojadas en la música de su saliva

Bajo el velo de un muro de besos

Engañando a los sentidos

Permanecemos en este sueño

Por qué no despertar

Darnos cuenta que estamos aquí

Velando

Carmina

Acércate

Atiende a los seres que nos visitan

Que nos muestran sus vísceras

Sus carnes planas y chatas

El agua cae

Baña las rocas

El entorno se hace mármol

Silencio blanco

Aquí

En el laberinto

Él

Corre Galopa

Besa las piernas como fértiles praderas

Se apodera de nosotras

Despierta Carmina Despierta

Dod

Ella tomó las flores del jarrón de porcelana, que con sumo cuidado colocaba cada mañana en la cabecera de Dalia. Acarició la espalda, untó pétalos en sus piernas y brazos. Continuó el rito hasta que se confundió en ella. No hubo mejor trazo de la noche, mejor imitación o ficción. A tal grado el gozo, que la ceguera fue rebasada por el ensueño. Éste se llenó de estrellas, planetas y lunas alegres: en infinito laberinto se hizo. En el otro laberinto llamado deseo nada se escapa, nada se salva, todo se consume en un fuego de oro, eterno.

Dalia

Carmina

Después de la tormenta
El cielo púrpura
Sangró

La luna
Reliquia de sombras
Epitafio de alguien sin memoria
Dejó caer una lágrima

Yo Él
Solos deshaciendo los cuerpos

Relámpagos que ven
Que palpan

El olor de lluvia sobre la arena
Le recordó que es posible existir
En un pasado oscuro se dejó caer
Para recordar la espera en el sueño

¡Qué dolor tan intenso!

Me desgaja el vientre

La sangre baña el rostro

En la lengua hace un río rojo

Dalia regresa

Regresa

Entra al laberinto de tus sueños

Quedé paralizada

La boca se consumió por un momento

En palabras dejé escrito el dolor

El sexo se hizo líquido

Así se pierden en el amor

Desesperados por un momento

Tendidos los cuerpos a su suerte

Dalia

En el puerto vi un velero. A pesar de su fortaleza era inexpressivo; con fiebre y agotado se batía sobre las olas. Su imagen me recordó que te encontrabas sola en casa y regresé con premura. Creo que corrí mucho tiempo. Cuando entré al cuarto te encontrabas mirando el mar. Era la primera vez en cinco semanas que te levantabas de la cama. A pesar del largo dolor lucías hermosa, entera, con tu cabello largo, cristalino, eras el mismo mar. Nunca te había visto tan absorta. Buscabas algo a lo lejos, bosquejabas en el horizonte, no con los ojos sino con el recuerdo. Desesperada, a la vez, buscabas algo, a alguien. No quise decir nada, no interrumpí tu búsqueda. Cerré la puerta en silencio, bajé al solar y me dormí. Soñé algo que no recuerdo ahora. Después, durante los días siguientes, la enfermedad avanzó en forma impune; como una manada de hienas te cercó: te fue matando, lentamente; hasta que me alcanzó con la misma fuerza.

Carmina

Dormida junto a mí

Como crustáceo enterrado en la arena

Sin prisa duermes

Y el sueño muerde las ansias de tu boca

¿Qué importa la muerte?

Las sombras de nuestros cuerpos quedarán aquí

Enterrados en la arena

Esculturas de sal

Eternas nuestras almas descansarán

en las almohadas de la Casa Azul

Sobre la misma cama

En medio del desierto

Empapadas de sol Estampadas en el bronce

de la sal

Reposarán En el recuerdo de alguien

Ya son una hoja de palmera
Lluvia del viento
Brizna en medio de un campo de orquídeas

Qué importa la muerte
Si la lejanía ya nos ha matado
Qué importa todo o nada
Si el Minotauro del laberinto se interpone
Y los celos no son tan fuertes
Ni las mareas tiñen el horizonte de rojo

Dalia

Carmina

Pásame aquel sueño

Ése

Ponlo en mi vientre

Úntalo bien

Observa

Qué dulce sueña

Te dije que cultivar sueños funcionaría

¿Lo ves?

Ahora ha dejado de llorar

Te aguarda

Te espera

Su sonrisa me inquieta

Mi vientre sigue calentándose

Este sueño es cristalino
Parecido a algo que no puedo recordar

Qué angustia
Es agradable
Me mira con felicidad
Quisiera ser él Como él

Tú también sigues sonriendo
Es lo único que nos sobra Risa

Qué bueno que te tengo
A ti y a los sueños que crecen
En la Casa Azul
Hay que alimentar los sueños
Porque de ellos vivimos

Vida y muerte
Son lo mismo Alimento del tiempo

Carmina

Fue en la temporada en que Dalia enfermó de los ojos. Era una ceguera momentánea y temporal producida por “causas desconocidas”, dijo todo el mundo. Lo que ella más ansiaba observar era la noche; esas noches de estrellas rebeldes, planetas y lunas agrietadas, alegres lunas. Un día fue tal su desesperación, que pidió le describiera el cielo; me dijo con voz color violeta: “Carmina, deseo ver el cielo, lo necesito más que cualquier alimento, más que cualquier regalo; describe la noche, Carmina”. No hice más que obedecer. Caminé horas a su lado tentando la noche; descubrí historias enterradas en las hendiduras de las estrellas, encontré hombres delirantes, rescaté un elíxir para recordar poemas, limpié un camino de ballenas muertas, recogí una flor sin pétalos, robé un libro sagrado olvidado por algún sabio. Fue grato, la noche no tiene horas, ni geografía, ni planos. Después me perdí, no supe más. Amanecí sola en lo alto del faro.

Dalia

Buenos días. Tardé porque me perdí en el camino. Cuando tuve razón estaba más lejos. Ayer caminé mucho, caminé en círculos. Sí, eso pasó. Te encuentras enferma. De chica yo enfermé de lo mismo. Toma el té, es bueno. ¿Te ayudo? Con cuidado, despacio. Duerme. Cerraré la ventana. Descansa un poco. Mientras iré a ver que todo esté bien en el cuarto de los sueños. Tú duerme, te digo. No, las ballenas todavía no llegan. Compré pan salado. Ven. Te amo.

Carmina

Dalia

Los sueños

Perfumes de sal

Alientos que evaporan el otro sueño

El de él:

Constelación de simios

Leopardos

Y locos

Dalia

¿Por qué los sueños evaporan la noche con sus
olores tercos?

Ácidos

Duros

Sables de flores negras

Penetran en los cuerpos

Aguijonean los poros de los labios

Perfumes con alientos moribundos
Tiemblan en gotas sobre la piel
Borran las imágenes por ti sembradas en mis ojos

Penetran hondo Frenéticos
Hasta la médula llegan

Nada escapa Siento dolor
Ni la palabra que lo nombra escapa
Minotauro

Ven

Dalia

Imagino que mi cuerpo es un ser marino
Pequeño y grande
Tú una roca incrustada en arrecifes de coral

Descubrí una voz amarilla
Era la del Minotauro que venía por mí

Tú me protegías iluminando el cuerpo con una
luz azul

Me escondías del mar
En medio del alba éramos fugitivas

Una parálisis robó el alma
La boca con todos sus sabores se consumió
El sexo se hizo líquido

¿Pero qué importa todo Carmina?

Estamos pintadas en un lienzo de cal
Somos eternas

Las sombras
Los reflejos de los sentidos
Quedarán ahí
Vagando entre los rincones de la piel
En la misma cama calurosa y sucia de siempre
Como fotografías quedarán los cuerpos

Una historia estampada en el recuerdo de
alguien sin memoria

El destino abre ventanas en el cuerpo
Agujeros negros en la imaginación para vencer al
tiempo

No vuelvas la cara
No lo veas

Las dos en el mismo sitio
En la misma geografía del tiempo

La tragedia nos pinta las manos
La cara
Los muslos

Nos enciende el amor y nos apaga la vida
Corta las arrugas
Nos pierde en dolores de parto
Recoge cenizas para otras hogueras
Y las da a beber a él
Así eres tú Carmina Como este miedo del
vivir soñando
Así tu angustia De metal
Así tu gozo
Así tu sueño
Así tu sexo

Carmina

Este camino es más largo cada día. Continúa, Carmina, ya llegarás. Entonces tendrás oportunidad de estrechar a Dalia. Dalia, Dalia, Dalia siempre, el eco sordo de Dalia. Carmina, no hagas caso de los insectos que tejen sonidos negros, ni de los búhos de mármol o de los enanos vestidos de bufones que aparecen a ratos por el camino. Camina rápido. Camina hacia Dalia que ella está sola esperándote en la Casa Azul.

Dalia

Todos los ríos convergen al vientre
El agua en nuestras bocas es río subterráneo
Gotas de agua se clavan al cuerpo
Húmedas espinas resbalan sobre troncos blancos
Lavan las comisuras de las palabras
Los rastros del amor son arrebatados por los
mismos ríos
En las cuevas del cuerpo el agua se fermenta en
largas copas de cristal
Después renace en pájaros con picos afilados

Nacen pájaros atados a los dedos de tus manos
Éstas en mi cuerpo se hacen raíces
Se atan al delgado tronco de agua virgen del cual
soy
Lágrima y mar

Agua y sol en vino se condensan
Brebaje exacto de nuestro amor

El tiempo de cada día
De cada hora

Carmina
No confundas el agua de luna con mi cuerpo
La una es llanto La otra es miel

Carmina

Duermo los años que nunca viví
Duermo días delgados como el agua
Siento un sueño que pesa años
Esto arregla mi vida:
Pasada o futura
Lo sé bien
Entre cada acto se pulen las cosas que
nacieron muertas

Dalia Déjame dormir Morir
A solas
Con él

Duermo para que él me posea
En un juego de animales
El amor no es dulce
Es una roca candente
Juego de sal que ciega

A la larga hace escupir cangrejos
negros del vientre

Dalia

Déjame morir

A solas

En el laberinto

Con él

Dalia

Todas las voces vienen del mar, Carmina. Ni siquiera mi voz o la tuya son reales, simples imitaciones, extractos de algas, silbidos de peces olvidados por el tiempo, cristalizaciones de sal o sal hecha música. Tú has pensado mucho en cosas definitivas, en la verdad, en la sinceridad de las palabras. Has intentado penetrar en las voces, pero siempre has fracasado. ¿Sabes por qué? Porque las voces no son sonido, sino agua. Es por eso que los ecos nunca llegan a su destino completos, sino sólo en fragmentos secos: son olas. Por eso mismo son más fuertes, inestables e inexactas. Qué decir de las voces de los marineros, éstas vienen de los pedazos de mar atrapado en las bodegas de los barcos, por eso son más añejas y mentirosas.

Carmina

Ayer tuve una premonición. La casa me pareció estrecha. Se me ocurrió dar un paseo por Bahía San Isidro. Recorrí el puerto; no con los pies, sino con la vista, con la memoria. ¿No acaso la mirada es en esencia memoria, recuerdo? Entré en alguna tienda a comprar objetos antiguos. No sé por qué lo hice. Y no sé por qué las ganas de hacerlo. Lo olvidé voluntariamente. Ahora pienso que, quizá, en forma inconsciente, jugué con tu soledad. Si esto fuera verdad, ¿significa que me estoy haciendo a la idea de perderte? Si es así me estoy despidiendo de ti. Qué ingratos los sentimientos, Dalia. Qué débiles los deseos. Qué imperturbable el tiempo.

Dod

Al final del rito los blancos escarabajos de Dalia subieron al desierto. Con cariño la frotaron. De nada sirvió, amasaron túneles y laberintos pero fue inútil; de allí nadie puede escapar. Ellas, su deseo, quedaron aprisionadas. Estáticas, inmóviles, entre el silbido del viento: como estatuas de sal. Permanecieron clavadas a las horas, quizás por años expuestas al tiempo, imposible saberlo con exactitud. Quedaron entre las paredes del cuarto, como dentro de una caja de sangre o de agua de mar, de vino tal vez. La desolación se alimentó bien y el sol descansó aquel día. Dentro de la Casa Azul los exorcismos no funcionan. Porque no hay nada que rompa con los sueños. Y es que el mal del sueño no tiene cura, a menos que se intente con sangre de luna y lágrimas de niña rubia.

Carmina

Agotado

El Minotauro duerme

Sus carnes cubren el campo de batalla

Sus pezuñas completan las rocas

En un año no habrá más calamidad

Hay que limpiar el campo de jirones de
carne

Y pezuñas sucias

Habremos de cargar los saldos sobre nuestro
destino

No hay más guardián en el desierto

Ni en el laberinto

La celda está abierta

Se puede caminar en paz y con los ojos vendados

La veracidad de los sueños está a la mano

A su lado
Dalia duerme
Delgada como su voz
Pelo negro que se enrosca al cuerpo
Le cubre el sexo con un mar de algas

Sueña que él vino aquí

Sueña cómo me ensartó con su gran cuerno
Cómo me metió en él

Él un anillo de músculos:

Yo

Despedaza cueva de ecos

Dentro de su gran ojo

Dentro de un vientre rojizo

Termino de consumirme

Poco a poco

En este tu sueño Dalia

Nos matamos para siempre

Dalia

En éste tu sueño de la Casa Azul

Dalia

He descubierto la transcripción de nuestro destino en la cara del mar; sólo era cuestión de observar bien, con cuidado y detalle. Ahora es tan claro todo. Lo sé y me asombra. Pero la sinceridad es algo que nadie soporta, por eso será mejor que lo olvide. Ven, observa nuestro porvenir. De hecho todos pueden leer su porvenir, pero nadie lo hace por miedo. Prefieren el engaño y no hacen más que encontrar escarnio en la superstición. Ven y observa, ahora que el mar toca su piano de olas. Ahora que dicta al oído la verdad de cada uno: el tiempo del placer y el horizonte del delirio.

Carmina

Dalia, hace frío. Recuerdas los poemas que ayer cantaste a mi oído. Su eco continúa ahí. Se ha quedado dentro, es extraño. Dalia, hace frío y el sol aún no baja; la marea todavía no sube pero ya te deseo. Creo que estas palabras se han quedado clavadas en el corazón. Me lastiman. Me duelen. El viento es húmedo. Hace más pesado el sonido de las sirenas de los barcos. Las hace música de mar. Ven. Descansa. Mira aquel hermoso barco de velas. Ve cómo respira en su sueño de olas.

Dalia

Cuando la marea sube
Todos los ríos convergen a tu vientre

Fértil campo de árboles

Todas las aguas de tu boca
Mientras que gotas de agua se clavan al
cuerpo
Espinas sobre un lienzo de cera

Las gotas
Lavan comisuras
Resbalan en los pies
En las piernas y brazos

Aran el cuerpo Siguen su camino

Esperan que el Minotauro llegue
Abren la brecha

Esperan que él las beba

Y así yo pueda vivir en él

Sobre su pecho

Construyendo murallas contra el tiempo

Sin ecos

Todo ese mar es así

En forma inevitable el agua entrará al cuerpo

Sin necesidad de lucha

Quedaremos fertilizadas

Es así Carmina

Alguien tiene que apagar el silencio algún día

Él me lo dijo al oído

Alguien tiene que guardar el agua restante del

mar

Con sus ballenas

Canciones

Barcos hundidos

Con su altar de estrellas

Con su luna mística

Carmina

¡Qué tristeza Dalia!

¿Por qué te pierdes en la melancolía?

Tendida en el vino del olvido Sola
Mientras yo me visto de soledades mal pagadas

Cuando todas huelen tu piel me pregunto por tu
amor

Me matan a puñaladas
Y cuando entre flores y frutos paseas padeces una
suerte de intriga
Porque ante tus ojos el mismo infierno se decanta

Dalia
Qué puedo hacer contra las miradas de los marineros
y soldados
Cuando vibran tus piernas al son del viento

Mientras el atardecer te roba el alma
Qué puedo contra el deseo de él

Cuánta pena

El ver que la misma luna piensa en ti
Y tú te olvidas de mis noches
Te dejas caer en sus cabellos de mujer hambrienta

Me desgarras tu incesto con él
Me ciegan de rabia tus batallas en el
laberinto

Qué puedo hacer para que penetres en mí
Aunque sea en este sueño Tu sueño

Carmina y Dalia

CARMINA: Dalia, ¿cómo has conocido la noche?

DALIA: A través de las lunas de tus ojos.

CARMINA: Dicen que la luna arde y palpita. Dicen los marineros que su luz sirve de unguento para los ciegos y en altamar, durante las noches de huracán, es posible atrapar luz de luna muerta, la cual sirve para revivir alcohólicos y desahuciados.

DALIA: También dicen que puede llegar a matar la melancolía, que hipnotiza a los amantes, que petrifica ciertas palabras. Yo en realidad no lo creo.

CARMINA: Si no lo crees, ¿cómo puedes creer en el laberinto y su azar, cómo puedes desear a un Minotauro y cómo es que me puedes amar con tal intensidad al mismo tiempo?

DALIA: No lo sé. Quizá no tengan relación. Los sueños son otra cosa, son lunas aparte, otros mundos, otro tiempo. Otro tipo de pócima. Otra vida.

Carmina

Dalia, ahora que vivo de la música, de la cajita de música que me regalaste hace un año, la de madera tallada y tapa de nácar, deja de pensar en los sueños. Te necesito para seguir viva. Quiero que regreses a casa, que tomes tu lugar en la mesa, en la silla del corredor que lleva al patio. Deseo que en la cama puedas tocar mi piel. Olvídate de los sueños que ellos se cuidan solos, unos a otros se acarician, unos a otros se amamantan. Me encantaría volverte a ver en la hamaca del patio, tomando el sol como antes; cómo desearía tu presencia, continuar viviendo con el paso de su sombra, sobre las horas, imaginando no sé qué tantas cosas, no sé qué fantasías. Verte tendida al sol, guardando energías para soportar en pie el resto del día, de la semana, de todos los años por venir.

Dalia

A Carmina le gustaba cantar. Prefería los atardeceres, exactamente cuando la luz del sol se mezcla en forma furtiva con el asombro lunar. Aprovechaba esos pequeños instantes para cantar melodías dulces y alegres. Inspirada, su rostro miraba firme hacia el mar, daba la impresión de ser un faro que alumbra a la noche. Siempre lo hacía mirando al mar. Creo que era una especie de conjuro, un reto cuyo significado era arrancar pedazos de voz al mar, algunas frases, algunos versos incomprensibles. En realidad era un deseo loco, poseído de no sé qué vértigos, de no sé qué ansias. Lo cierto era que, de algún modo inexplicable, su canto daba resultados: por breves instantes el jardín de sueños emitía destellos de luz, su canto imantaba la atmósfera de la casa y eso me llenaba de alegría, de una alegría pura, transparente, muy cercana a la brisa salada del mar.

Carmina

Regálame algo de la batalla con él

Dalia

La tristeza es cruel

No son las lágrimas por su causa

Es la lluvia dentro del cuerpo

Cristales que desgarran

Risa dentro del llanto

Minotauro

Llena mi vientre de semen

Para que las constelaciones vibren

Y las estrellas de mi piel lloren de sed

Deseo navegar en ti Minotauro

No te olvides de cegar mi cuerpo

Después de entrar

Apaga los vestigios del recuerdo-mar

Alumbra con el faro el sueño
Mientras yo escribo una carta
Con historias de arena y tiempo De amor

Deja que viva

En la canción de tus ojos
En el laberinto de tus ojos
En el laberinto de tu sueño
Y tu deseo Dalia

Dalia y Carmina

DALIA: No quiero salir de aquí, es de noche y hace frío. Prefiero continuar aquí, platicando sobre él.

CARMINA: Tenemos que llegar. Ya es tarde y la lámpara se consume. Pronto estaremos a oscuras.

DALIA: Qué importa. Eso será mejor que salir; además, ¿para qué quieres llegar? Allá no hay nada. Todo lo vendimos a Dod, hasta nuestras almas. ¿Qué, no recuerdas? Ven, abrázame, que es todo lo que necesito para continuar caminando.

Carmina

Lloro de vez en cuando. En el malecón siempre hay mucha gente. ¿Cómo pueden ocurrir ese tipo de cosas? La sal. Ayer, muy bien; deseo verlo. Pasó por mí desde muy temprano, esperó todo el día, no dijo nada, no gruñó ni desesperó; él es paciente, se conforma con observar mis ojos. Qué difícil arte el de fingir. Gracias. Pero no lo deseo. Mañana prometo ayudar a la limpieza, recuerda lo inútil que soy para esas cosas. Disculpa de nuevo, el pan se ha caído de la mesa. No puedo, sé que la barrera es enorme. El cuerpo derramó toda la sangre, el mar se la chupó por completo. Recuerda comprar pimienta. Qué solución, bueno; sí, fíjate bien. Fingir y fingir. Dalia, sin duda el sol ha terminado por hacernos daño.

Dalia

Siento pena por el Minotauro. La agonía es mala compañera. ¿Cómo podrá apagar su sed? ¿Con quién gemirá de amor? Ahora el laberinto no tiene sentido; ningún laberinto tiene sentido. A mí me queda una larga espera. Para eso estoy bien preparada. Compré vino, dicen que sirve para bien morir. Sé que me apago porque ya no escucho el mar, ni veo el sol. ¿Qué será de las ballenas? ¿Existieron? Ahora no lo sé. Algo pasa, lo siento, eso es terrible. Ayer salí al pueblo y no encontré el olor salado del mar. No encontré viejos deformes. Eso es un augurio. Sólo resta decir que tengo miedo y que estoy sola. En ocasiones salgo y observo el horizonte, esperando escuchar el reflejo de su voz atrapada en alguna isla marina.

Carmina

Absorbe mi sexo Dalia

Saca mi vida bañada en lágrimas

Cúbrete con vestidos de deseo

Doloridos

Enlutados lienzos

Porque la muerte toca la piel

Pintadas tus manos de él imagina nubes blancas

Dibuja todo en un marco de fuego

Tíñelas con miedo

Mi sexo

Depósito de todos los tiempos

De todos los males y bienes de este laberinto del
sueño

Cortina de sangre y miel

Todo junto

Tan junto que las palabras se rompen

Los dientes se sueldan unos con otros
Las piernas son serpientes
Se enroscan en un falo de origen arbóreo

El pensamiento no existe
Es viento cálido
Deseo que nos pierde
Gula de miel

Sueño de muerte
Déjame a solas con él
Dentro del laberinto de besos
Que la selva inhóspita del cuerpo

Carmina

Escucha con cuidado Dalia
Con el corazón
Hoy es el último día de sol

Deseo que la caja de sentimientos
La de imágenes de sombras
Y reflejos de fantasmas
La incineres
Así nuestro sueño será realidad en otro tiempo
Todos los besos Nuestros besos
Renacerán de nuevo
El jardín de sueños retoñará
Volverá a amarte Enfermar de amor si tú
quieres
Volverá a existir la Casa Azul
Con todos sus rincones poblados de historias

El laberinto de luz se abrirá con luz
Un nuevo Minotauro nacerá para nuestros sexos

Dod seguirá tejiendo poemas desde su isla desierta
Los marineros de San Isidro continuarán bebiendo
Deseando los mismos cuerpos

Escucha bien
Porque los testamentos son efímeros
Como la misma voz

Una vez muerta deposita mi cuerpo en el mar
Que sirva de alimento a las ballenas
No derrames lágrima alguna
No vale la pena No sirve
Acuérdate del amor
Sólo eso puede salvar Vencer al tiempo

Dalia

Un día después de su muerte el jardín de sueños comenzó a marchitarse. Se puso azul, después gris, al final tomó un delicado color negro que me conmovió. A tal extremo llegó su desdicha que pensé morir con él. El mar dejó de imitar las voces de los hombres, comenzó a emitir todo tipo de frases, palabras incomprensibles. El mar que en otra época fue fiel, dejó escapar miles de cartas que había guardado en sus profundidades por mucho tiempo: las sacó de los ojos y escamas de los peces, de la clorofila de las algas, de los tesoros de galeones enterrados en su vientre. Fue cuando los hombres del puerto comenzaron a insultarse. En lugar de reescribir las palabras y las cartas perdidas, lo único que se les ocurrió fue llenar sus bocas de plomo y azufre, se hicieron sentir bastardos los unos a los otros. Todo era simple, el mundo se moría y yo con él.

Minotauro

Los círculos no son más que momentos de un
mismo vuelo

Con un árbol como cuerpo
El mar delira con savia de recuerdos
No se puede hacer otra cosa dentro de los círculos
Lo demás sería una mentira fácil

Sobre las olas de su miedo Muy por encima de
los párpados
Ella corre No da pasos: ensancha su propio río
Imagina que puede sumergirse y convertir sus
labios
En agua fría: domesticar el calor que le
espera
Piensa en el fin del hastío
Pero se asesina en el sueño

Ella comienza a correr en el día
La primera nube siente el final
Entre el vientre y sus piernas
Lamenta el laberinto y suda en una tela roja

Mientras sueños de miel agria le agitan el
recuerdo de los ojos
Ya los gusanos le lamen los párpados
Ella consume el vaho de la tierra Está muerta
Lo saben bien

Se puede salir del cuerpo Pero no de los círculos
El laberinto no tiene puertas
Ni puentes Ni pared alguna
Tampoco fantasmas o sombras
El laberinto no existe más que en su propio
cuerpo
Los corredores del laberinto son las líneas del
rostro

El miedo La sangre
La risa El corazón

La doncella está perdida
Corre sin pies

Carece de cuerpo
El mar subterráneo que recorre mi deseo no existe

Busco sediento
Busco el castillo oculto en su cuerpo
Pero nada encuentro

El silencio es un grito
La muerte una pradera de encinos
Recorre el círculo
Mira el círculo
Devuelve la sangre consumida

Hazme tuyo en este festín de gusanos
No me dejes solo
En este círculo de laberintos que es el
tiempo
Infalible trampa El tiempo

Dalia

La casa de la playa dejó de existir, se desvaneció en la arena. Quizá se la llevó el aire salado del mar: se hizo vapor. Esto lo supongo ya que nunca me volví a encontrar viejos deformes durante el trayecto a casa, nunca volví a encontrar la Casa Azul. En realidad estuve vagando no sé cuántos meses; por lo demás, nunca he vuelto a encontrar el mar. Tengo miedo y estoy sola. En ocasiones salgo, veo el horizonte por horas; no veo nada, no encuentro nada. Si acaso escucho, muy quedo, el trote de él, por lo que sé que fue cierto, sé que existió, que existimos y que la historia de los hombres no es más que un sueño de laberintos.

Dalia

Carmina

Dibuja mi rostro en la arena

Lo más cercano a la marea para que mis oídos
renazcan al

Crujir de las olas

Para que mi corazón sea alimentado con sal

Procura ponerme caracoles en los pies

Y pequeñas piedras de mar en el sexo

No dejes de velar por mí

Canta responsos

Coloca cirios en torno a la mesa

No dejes de cepillar mi cabello convertido en

riachuelos

De lavar mi cara convertida en palmeras

No dejes de beber mis lágrimas hechas de lluvia

Sepúltame entre los barcos del muelle para no
sentirme sola

No me dejes flores porque hacen mal

Carmina

Despójame de este frío que me nutre

Cuélgame de pies y manos

Roe las vísceras

Traga el cuerpo andrajoso que soy

Clávame en tu pecho

Carmina

No me dejes morir

Tengo sueño

Un sueño muy fuerte

De
Pradera de masonite
(2010)

*Mi sento la febbre
di questa
piena di luce*

*Accolgo questa
giornata come
il frutto che si addolcisce*

GIUSEPPE UNGARETTI
“L’Allegria”

PRIMER MOVIMIENTO. FUOCO

I

¡Cómo nos gusta dormir!

Caemos dentro de un cristal de jade

y los ojos piensan una danza.

Su cadencia arropa,

todo lo cubre con una sintaxis de miedo.

El sueño es una máscara de oro y semeja

una pintura de un cielo azul, arduo, tan

hermosamente arduo que nos aleja de los olores

y los sentidos.

Escrupuloso pone nombres: Ayante, Tulio, Ifigenia.

Nos viste con un recuerdo violeta.

En el cristal de los párpados sueño: corro en un mar

de masonite: extendiendo los brazos: vuelo: mis manos

tienen escamas donde se han tatuado otras manos

y dedos y uñas

¡Cómo nos gusta dormir!

En estas escamas vive el camaleón que soy,
es la cueva que padezco.

En las entradas se han colocado medallones dorados
y un par de huevos de avestruz.

En las salidas no hay nada, sólo un sabor a tierra
lleno de nidos de hormigas.

El cuerpo del recuerdo tiene alas, se despliega
un arcoíris de tonos amarillos: sol, el verdadero
sol terrestre de los días, el único e indiscifrable sol
del amanecer.

Cuánta tristeza hay en los bodegones amarillos,
plantada en girasoles de luz.

¡Cómo nos gusta dormir!

A toda hora.

En las columnas de la casa vive un viejo desconocido,
él inspira miedo, él es quien todos
imaginan pero nadie lo conoce.

Quién eres

Quién viene que cuando se acerca escucho
un titilar de algo... bruma.

En mis manos descubro su rostro que soy yo mismo:
veo que rasca las paredes con uñas de bronce.

¡Cómo nos gusta dormir y cómo detestamos soñar!

Vivir.

Encierro.

Blanca pradera.

Océano.

El vuelo permite ver el pastizal de masonite.
Permite comer luz y conocer el otro cuerpo
que cargamos, ese cristal clavado
entre las cavidades del sueño.

Cómo nos gusta dormir cobijados por el encierro
De este mundo de masonite ||

||

Soy un animal.

Sé que me alimento de tierra, que labro los campos,
que puedo matar: soy Edipo.

Soy un animal solar: puedo ver.

Pruebo los escarabajos y sé que en
el corazón existe una piedra solar, es la que brilla
con intensidad cuando se huele una presa, se dan
pataletas y se rellenan templos con plumas de colores
y es parte de mi nombre adosado de vocales.

El animal-escarabajo se puede comer a sí mismo, le
pueden salir picos, escamas, branquias;
le puede brotar cualquier cosa, cualquier recipiente
de seda o porcelana.

Al escarabajo se le puso piel y se le dijo que podía
amar; pensó que el amor era una fantasía y creyó
en él como quien ama.

Al escarabajo le salieron pezuñas de cerdo
y se puso a cantar una canción de cuna.
A este vil insecto llegó Dios y le preguntó si quería ser
inmortal y el muy vil dijo no, pero que podía intentarlo.

Dios le hizo una mueca de enojo pero el muy vil
le mostró el sexo: el cerdo se castró: el cerdo se hizo
cenizas parodiando a Dios: y el vil insecto inventó
que tenía boca y lengua: pronunció palabra.

Las palabras inventaron las palabras: rito,
certidumbre, actuar, hueco, vacío, tragedia,
calor, sonrisa...

Los viles insectos beben tierra y caminan erectos
piden con palabras algo que no escuchan.

De los insectos, el enjambre de tierra que nos viene
de arriba, y de ellos la lluvia que nos moja y nos hace
sentir frío: el verdadero enfado del mundo.

Tengo alas.

Quiero alas porque poseo un Yo:
puedo pronunciar el mundo.

En esta pradera de masonite quisiera ver,
escuchar, hablar bien pero no puedo ||

|||

Alas.

Vuelo muy alto.

Veo la ciudad.

¡He llegado a la ciudad!

El gran circo, el enorme zoológico:

El cocodrilo ronronea cerca del parque central,
una marsopa baila un tango entre el edificio de
gobierno y catedral, un gato ya me observa, tiene
hambre, me quiere, tiene pelo de tigre, es un tigre
—los gatos son muy listos—.

El tigre siempre está encerrado en sí mismo,
por eso da vueltas todo el tiempo.

El tigre se come a los cerdos, antes se los coge.

El tigre es un animal noble, es como un príncipe.

El tigre come carne porque es un príncipe.

El tigre tiene alas.

El tigre desciende de los escarabajos.

El tigre es una vileza inaudita.

El tigre tiene un corazón de masonite,
de corteza de árbol.

El tigre es sagrado.

El tigre siente miedo.

El tigre tiene un Yo.

El tigre habla con Dios.

El tigre le da órdenes a Dios.

El tigre también se muere.

El tigre es un gato con alas, sólo eso.

Tengo alas con un corazón de masonite.

Veo un tigre devorando a un niño en el parque central, ¡qué bueno, se alimenta bien!

Alas.

Sólo quiero alas para volar y sentir que estoy soñando.

Me gustaría saber por qué esta luz es tan brillante.
Por qué el sol nunca se cansa.

Me gustaría entender su infinito brillo y por qué hace un páramo en mis ojos ||

IV

Octubre y el sol llega pronto,
me asusta.

Un trigal.

En los páramos desiertos nacen gusanos de tierra,
larvas de agudo cuerpo.

En los desiertos hay algo inexplicable;
el calor no es calor es un hierro helado.

En el desierto los cactus son cajas de resonancia
y hacen música.

Las piedras son huevos de avestruz
o de aves tan extrañas que se tienen
que nombrar con una voz sutil.

¡Cómo lastima la luz de los desiertos!

Quisiera pensar en una máscara de jade,
en una casa de agua, en un manantial
de tungsteno.

Sería mejor pensar en todas las imágenes de la
guerra y las guerras venideras. Vendría mejor
cobijarse con una bata de seda china.

El sol no entra en los cuerpos, se añade a los ojos,
por eso nadie es eternamente feliz.

Por eso el odio, el rencor, el amor de cada uno
en el festín de los días y las horas.

Los desiertos son privados, nadie los visita porque
no se puede entrar en un cuerpo ocupado.

Es una ley de la física.

Por eso allí viven las tarántulas y ratas
—los bichos más amables del universo—;
por eso los oasis son tan pequeños y sublimes;
por eso allí hay tan poca agua que nunca da sed.

A pesar de tanta luz salgo, camino,
veo a los otros y presumo de no entender nada.

Entiendo que la luz agranda los desiertos.
Creo que los rostros de la gente son una máscara
de piedra que cada uno ha comprado
en algún mercado.

Me da gusto ver a la gente, siento pena,
también alegría, una sólida y bien fría alegría.

Salgo a la calle.
Camino, saludo a uno que otro.

En el fondo no veo nada y dudo que ellos
me estén viendo.
Sería mejor comer ciruelas y dormir
con tranquilidad ||

V

Desde la niñez el calor de un pequeño pueblo
me cobija de vez en cuando; el olor a hierba
me perturba los sentidos.

El sinfín de sabores me llega a la memoria como
el eco de campanas.

Cómo olvidar a los viejos robles y chopos tan tristes
y poderosos a la vez.

Y a la energía consumida de todos los brazos
y contenida en las miradas de ojos grandes,
cóncavos destellos de una melancolía fructuosa,
alegría que cualquier hombre desea más que los
tesoros del noble Odiseo.

Qué más riqueza que lo que se tiene en la mirada
y lo que se trabaja con las manos.

En ese pequeñísimo páramo verde, como bandadas
de pájaros se inventaban su felicidad.

Era el cuento del pequeño castillo
entre ríos y alfalfares.

Ellos se dejaban caer en el sueño del medio día;
quizá para sentirse inofensivos para sí mismos
y para que el sol cegara un poco su inquietud
por el presente.

Nada más simple que los gritos en la cocina
y el sabor de las risas.
El lugar con un pozo de agua,
entrada a la cueva del eco.
El lugar donde se podía comer en cualquier lado.
El lugar donde los animales se multiplicaban
por obra de Dios.
En donde el maíz era más que oro y la tierra era
el verdadero mar.
El lugar de toda la lluvia y de toneladas de lodo
que no dejan caminar a nadie.
El lugar de la leche que se refleja en las nubes.
El enorme abierto cielo azul.
El sudor constante.

Ahí entre los minutos de junio y septiembre algo
creció y no dejó de crecer nunca.
No sé qué es pero a veces habla y puede dibujar
destellos de sol en las paredes más oscuras.

Echo de menos a los viejos.

A la dueña de las mil palabras que siempre iniciaba
camino de odio o infinita alegría.

La de la voz como de enjambre de abejas.

La que podía hacer del maíz dulce o tortilla
bien caliente.

La de las bendiciones efectivas como bálsamos
o como oraciones eternas.

La dueña de la sabiduría y remanso de tiempo
que parecía no irse hasta que llegó la muerte.

La del lenguaje extraño de intrincadas preposiciones
y difíciles adverbios.

La distante porque su tiempo no era el mío.

Echo de menos al que tenía una voz
como de trueno y tos interminable.

El ogro y gruñón cíclope.

El temor de los pasos y la fuerza y la violencia
que de ellos venía.

Al de cuerpo de roble y que un día tumbó
una pulmonía fulminante.

Al de las mil y una noches y a quien nunca supo
de prudencia en el amor y el deseo.

A quien pensaba que todo estaba arreglado

por una suerte de azar.

Al hombre que ignoraba que el mundo había crecido
y que da vueltas a diario.

Al del estómago sin límites.

Pero que nunca ignoró que la música y la danza
ayudan a buen morir.

Y ahora al escuchar un danzón descubro un poco
de su rostro: gentil y noble.

No entiendo el tiempo.

Por mí que todo se quede inmóvil para siempre.

Esa era la familia de los ojos tan grandes y corazón
como de fuego.

La del gesto ejemplar y simple.

La que nunca volverá a ser igual por más
que uno quiera.

Por más que se invoque a la memoria,
a las palabras de siempre.

Esa arqueología de Adán y su musa hecha de ceniza ||

VI

El recuerdo de la guerra siempre es algo difícil.

Con la desolación enfrente y a pleno sol se siente
un rasguño que es como un mercado de insectos.
No deja estar quieto.

El dolor es astuto, huidizo, casi un carnaval
de relámpagos que forman una jungla.

Qué bueno que exista el infierno para que los
amantes, libélulas sedientas, se sofoquen por otro
fuego, para que se consuman en otros gritos
y gemidos, para que el recuerdo de los orgasmos
se destile en el aceite azufroso del tedio.

Y es que ya me puse los remedios de siempre
—el agua caliente siempre excita los sentidos—,
inocuos, insolentes recursos contra el tedio.

Nada ayuda, todo lo recrea.

En mi contra están los días y los meses
y los años enteros y quizá también
esos mismos años después de muerto.

Todo conspira en mi contra.
El teléfono, la mesa de madera,
esas copas verdes, los libros de cuentos,

y todas las historias habidas y por haber de novelas
y viajes y amantes reales e imaginarios,
de locas y fotógrafos, de escritura y libros de poesía
en la memoria.

Está en mi contra el recuerdo de Carmina y Dalia
y todas las otras y los otros.

En mi contra el escondite secreto del reloj.

En contra mis ojos y, sobre todas las cosas,
mis manos, porque ahora resultan más pesadas
que nunca: inútiles y frías.

Cuánta tristeza porque al final todo está
en contra de uno.

La gente, la común gente que no siempre es toda,
muere de esos rasguños, aunque se estén quietos.
Aunque digan para sí que no tienen memoria,
aunque llenen tinas con su sal.

La común gente se va al infierno: sí, así de fácil.

La común gente se beberá en el infierno desde ahora
y para siempre.

(Me gustan los cocodrilos y los tigres y los osos
polares, por demás decir que me hipnotizan las

cobras y que los tucanes me hacen burla: como niño en Balboa Park adoro tu compañía que se extingue.)

Me encanta el sol aunque duela y la luz oscura de las calles mojadas me da un poco de alivio. Me gusta que exista el teléfono y beber vino en las copas verdes, aunque duela todo eso, me gusta.

Me doblo y me atraganto de algo que dicen se nombra poco: tedio.

Amor, jodido amor.
Ya te has ido y qué...

La común gente se tiene que ir al infierno y yo con ellos.

Mientras, como, bebo, hablaré con mis amigos, le hablaré por teléfono a Dalia y a Carmina para encargar un poco de pan dulce, compraré mil manzanas. Voy a jugar con mis manos y quizá les mande hacer una estatua de bronce muy bonita. Voy a ir al cine y seguiré visitando los zoológicos de todos tipos.

Tomaré otro avión un día cualquiera
y una madre rodará lágrimas.
Debo despedirme de los vecinos.
Debo decirles que allá nos vemos,
algún día no tan inesperado, lleno de sol ||

VII

Duele la cabeza: trémulo asco.

Dentro del cardumen de peces una sinfonía
de ecos me golpea.
Es la siesta de todas las horas en punto,
es la dulzura de cerrar los ojos.

Calamares azules me apretujan.
Es la dulcísima siesta de las nueve de la mañana,
después de caminar en calles mojadas con lámparas
de gas; es la insolente siesta de las nueve y las diez
y medio día: azules siestas vespertinas con olor
a alcohol y uñas con sabor a sexo.

El cormorán rueda en la cama, los gatos hacen
su festín, las ballenas y delfines se mofan de los gatos,
los perros lamen mis hermosos pies,

los linfocitos se instalan en la nariz,
los lagartos roen el bulbo raquídeo y los escorpiones
merodean el hipotálamo.

Es la sagrada siesta después de los viajes nocturnos.
Después de los immaculados vuelos sobre casas
donde el sexo es una moneda de cobre.
Después de visitar sagradas casas verdes en donde
habitan todos los visitantes de los desiertos.
Después de tentar, oler,
comer de esos visitantes-desiertos en toda
su extensión.

Benditos todos por ser tan perversos.
Benditos por respirar de esa ansiedad de consumir
el aire del cigarrillo y por tomar de ese mustio deseo
que nunca se consume.
Benditos porque en sus manos
hay hormigas y en su sexo relámpagos.

En estos desiertos las almas se alimentan de sonidos
inaudibles, de luces enceguecedoras como biplanos
sobrevolando el sol.

Allí los parroquianos meditan las tenues luces
del escenario en donde cabalgan sirenas sobre
minotauros.

Nadie se conoce pero todos se quieren acuchillar y
viven el sueño de su mejor rencor,
viven su propia agonía y gozan
como una turba de enanos.

Todos viven ahí: cogen y gritan, y sus ojos hacen
esmeriles mientras unos cuerpos danzan
a un compás de agua.

Respiran y consumen sus horas contando los
pecados: todos son estafados, son una gran estafa,
son una turba de niños con pupilas amoratadas.

Nadie lo sospecha: el mundo duerme en otras partes.

(El niño de rizos de oro duerme y una mujer llora
por él, el futuro del día de su muerte se ha dicho.)

Nadie lo intuye más que los mismos visitantes
de los desiertos, hermanos de podredumbre
y cordura y vacuidad; amigos de los que no se

conforman hasta estar completamente muertos,
sin sangre, sin nada en los bolsillos del cuerpo.

El cardumen de peces me dibuja los fantasmas
del recuerdo, me ayuda a contratar un fakir que me
traza la ruta para encontrar los mejores zoológicos;
aquellos donde ronronean los únicos verdaderos
leones del mundo, en donde pastorean las mejores
cabras, y donde los gorilas son tan buenos
que parecen hombres y mujeres, tan comunes como
tú o como yo: eminentes narcisos del gozo de éstas
y todas las horas.

Me gusta visitar los zoológicos porque dan ternura
y provocan sueños en donde peces de colores
confían en el mañana.

Me encantan porque ahí todos somos visitantes ||

VIII

A lo lejos del tiempo encontré un castillo
Entre mi alma y los recuerdos.
Fortificado por una selva y un desierto.
Lleno de olores lumínicos y ásperos como dictados
por el tam-tam de la guerra.

Lo observé y me confundí con la hora en que nadie
se reconoce; en la que todos somos tan ciegos
que el corazón es un haz de pájaros.

Lo palpé y descubrí lo mismo que los marinos
antes del naufragio, sentí el escalofrío del médico
ante la muerte, escuché el pertinaz llanto
de un niño abandonado y supuse que los besos
son una nube invisible.

Cuántas sombras existen en la piel.
Cuántos peldaños de palabras dichas.
Y cuánto rostro marchito por el amor.

En las paredes los desiertos hacen olas
entre los mejores tiempos.
Sacan un espurio recuerdo, ajan la piel.

En los cimientos del castillo una manada de gusanos
teje rocas y la tierra grita infinitos desazones.
En cada ladrillo una selva de verde sol deslumbra
los sentidos.

Defensa contra las buenas y malas intenciones.
Felicidad consumida en tardes de vino y baile
donde al final todo da vueltas.

Recuerdo y aparecen todos.
Tan amados que los detesto.
Tan odiados que los quiero como peces de colores
en una mar de agua roja.
Y es que los amigos terminan siendo fantasmas.

Castillo con caballeros en armas y doncellas vestidas
con seda y lágrimas por olanes.
Hay charcos de sangre, duelos y orgías negras
y toneles de vino derramándose sobre las bocas
de los reyes chiquititos y tuncos.
Fortificado castillo de hojas de ceiba, sembrado
en la tierra más ingrata que palpita y corre.

Una lluvia de chillidos le sirve de puerta.
En el foso el silencio duerme como un niño
después de una fiesta.
En los corredores las imágenes se revuelcan
en el lodo de una música áspera.
Los monos hacen de saltimbanquis
y la dama Oval tiritita de frío.

La servidumbre se atraganta con los nombres
y apellidos.

El consejero detiene los augurios.

El Castillo es como la luna: hosca y de trémula voz.

El Castillo vive de los ecos que son las palabras
por decir.

El Castillo no sabe qué hacer.

En medio de la selva se disfruta mal el espectáculo:
llueve mucho.

En los desiertos se ignora el tumulto, sólo hay arena.

El Castillo es arena fértil como los recuerdos ||

IX

Me encuentro en un estado soluble.

Bienaventurado.

Seguro que la música del fiscornio no dañará
mis labios.

Estoy presa de un encanto y lo único que me duele
es el resplandor que emigra de tus ojos.

Estoy sereno y un viento me pregunta
lo que insinúo, lo que me gustaría pensar
en este tiempo soluble.

Estoy azul como el mar, como las lágrimas un poco.

Hoy no recuerdo más que un pelícano en vuelo
y un topo y una fiebre de mil colores.
La alegría es un extraño presentimiento, no sé...

Me gustan las palabras por finas, sobre todo porque
a veces ladran y tienen la capacidad de imprimir
movimiento, son relámpago o musgo, siempre
atentas a nuestras quejas.

Entiendo los milagros,
son sencillos.
Todo lo es así, lo que se ve y se oye.
No deseo responder a nadie.

Y otra vez las palabras, duras, secas.
Un desfile de signos y sentidos,
siempre inescrutables.

Tomo un pincel y hago un surco de color amarillo.

Tiemblo...

Desgajo el martirio y lo chupo, es dulce;
se navega seguro en la tinta.

El día informa de sus intenciones.

Sólo pido una frazada de algodón, una cama tibia,
una taza de café.

Y sin oír la música escucho su eco en la memoria:
es la marcha entre carretones que vienen de la
guerra.

Y escucho el rostro de una mujer flauta
y un confín de oboes y cornos que traen
desdicha en los corazones.

Tengo frío... ||

X

Gritos.

Carcajadas.

Es la marcha del viernes por la noche.
Hace frío y no quiero poner las narices
en el camino de Dios.

El cielo nos mira desde su cuerpo descarnado.

Quizá todos somos indomables.

Quizá cada uno de nosotros escapamos una y otra
vez envueltos en la pesadumbre de las miradas,
envueltos en la sonrisa del que nada pierde,
envueltos en la nada.

No importan los grilletes de hierro ni las armas ni las
malas palabras: el corazón late fuerte.

Me quedo con aquella sonrisa de película:
sí, como indultándonos siempre, diciendo *bueno*,
¿alguien puede más?

Disfruto tanto como puedo.

El cine es bueno por las noches de sábado,
protege del frío, arropa un poco.

Ahí estoy y el cielo nos mira descarnado.

Es la noche de los lobos pero la lepra está olvidada:

*¡Lucke, corre, corre, que no te alcancen, Lucke, pelea,
tira duro, no te pueden ganar!...*

Me acuerdo que puedo tener miedo
y que puedo correr.

Sí, algún día habrá que correr tan rápido
que las piernas se partan de una vez.
Y ese día será mejor ser animal: perro:
instinto: correr, correr...

La noche sigue ahí.
No se cansa ||

XI

Amanece.
Miro el día y pienso ensortijado
por los reflejos del mar.
Descubro el azul transcurso de los signos: respiran.

Observo palabras.
Inquietas.
Danzantes.
Bárbaras.

Lumbre que vive en los ojos.
Son como todos juntos amándonos.

Me veo como un oscuro cuarto, friolento y chueco,
sé que el presentimiento es una concha de caracol
atada al cuerpo, sobre todo a las manos, sé que todos
mis planes son un barco lleno de plomo.

Estoy tan cansado que las vocales son semillas
echadas a perder.

Y cuando miro el camino del recuerdo un nudo
se esculpe en las imágenes, surge un desbarajuste,
un poema-sapo.

Deseo el porvenir con todas sus cloacas y cañerías.
Deseo salir a malgastar el mundo como lo haría
cualquier hombre desheredado, como lo hacen
los perros sin dueño cuando pelean por un
mendrugo de pan.

Quiero salir a correr por los campos llenos de nieve.

Alimento mi ánimo y
desgajo el melindroso sabor del cansancio.

Me tiro al succulento vacío de la palabra vacío.
Por eso duele tanto escribir: *yo tengo un nombre*.
Por eso el sonar de las campanitas de bronce
hace estallar la sangre y de sus vísceras nacen
inocentes doncellas.

Veo el día lleno de sol y el relumbrante pastizal
y el aire como un gran pájaro.

Digo algunas cosas serias para que mis amigos
se rían, qué dulce es la ingenuidad de los presentes,
qué dulces los besos de los amantes, qué hermoso
el desaire de las malas palabras: día azuloso como
el despertar: ojos, manos, piernas.

Desde aquel momento del incierto cansancio,
qué más se puede hacer y pedir que no sea
una parábola mal dicha.

El recuerdo sana pero vuelve a enfermar
de algo peor.
Es como la rabia y el olor de la traición.

Me levanto y con un cinismo bien guardado
en los labios echo a caminar ||

Nací en el país de los clavos y los martillos.

En donde todos heredamos una cruz.

Vivo en la cuerda de los desvalidos y zánganos,

de los que siempre desean ser rehenes.

Vivo en la cuerda floja del mercado.

En el país del gran *cu* que es nuestro altar

de sacrificios.

En una luz pálida que nace del subsuelo marchito

de la traza de la basura.

En las banquetas más absurdas y frías

y en el metal de los camiones.

En este país somos ya el óxido de las chimeneas

y el salitre de las tierras infértiles.

Vivo en un horror tímido, disimulado en las sonrisas

de fin de mes, en los suspiros de antes de la entrada,

en las tiendas de raya, en los supermercados.

Nací en medio de un río de concreto y un domo

de celuloide que transmite imágenes a los ciegos

y sordos y paralíticos.

Nací aquí en un enorme páramo que se llama

Matlalcingo o tal vez Anáhuac: *tierra de flor y canto* ||

SEGUNDO MOVIMIENTO. AMOROSO

XIII

Eva llegó.

Quiero tus brazos y tu piel como corpiño.

Me agrada el vértigo de las montañas de nieve.

Me gustan las estrellas y su titilante deseo.

Nada se mantuvo en pie durante algunos meses
y los gemidos se tornaron en sudor.

Labios empalmados, estertores de un rumor violento
sellaban las ventanas.

Todo nos protegía, el mundo era cómplice
y bienhechor.

Y la cama enmudeció y con ella las cuatro paredes
de mi cuarto mantuvieron la soberbia propia
de los actores frente a un público de ciegos.

Supongo que el amor es eso o algo parecido,
no lo sé bien: cadenas.

Supongo que todas las Evas son iguales o peores aún.
Pero cómo me gustaría vivir siempre así,
mirando un eterno nacimiento de peces,
poseído por la fiebre de los días.

Y Eva dijo: *¿Por qué no me dices Amor?*

¿por qué te vas?

Por qué, por qué...

Pero quién puede comprender y actuar al unísono.

Todas las Evas son una tinta indeleble.

El amor se consume sin saberlo, se nos une al brillo
de los ojos pero luego termina por no irradiar,
se muere como las ostras o los cangrejos;
quizás una vez muerto es mucho más rico,
ya se puede comer como una manzana a punto,
es dulce.

Eva caminó en noches y lunas y tiempo sin saber
nada del porvenir, eso es el amor: cadenas.

Eva es una flama de hierro.

He venido a quedarme una noche contigo.

Hoy saldremos a tomar el sol.

Mañana vendrá la lluvia y mojaremos nuestro pelo.

Me gustan los helados de limón.

La felicidad es fácil pero qué corta es.

Eva intenta olvidar su pasado y con la desmemoria a tientas inventa poemas de árboles.

Y Eva danzó mil veces sobre una hoguera, arregló algunos desperfectos de la casa y luego se volvió incorpórea: un olor permanente.

Lo mejor era su risa, ahí adentro cabían un boabab, tres chopos, el sol completo.

De su rostro manaban relámpagos y suaves pero salvajes susurros.

Sus piernas eran todo el sexo del mundo.

Llegó el viaje y en el puerto el mar y los barcos nos llenaron de asombro y retornamos a la niñez.

Fueron noches furiosas: un acorde tropical:

aire salado y calor.

Veracruz, sí, el adorado puerto listo para dos niños.

Eva adora viajar.

Eva camina al dormir en un hilo de seda.

Eva es un prodigio de insomnio.

Eva llora, manotea, se quiere matar.

Y es que yo no conocía el mar hasta que llegó Eva ||

XIV

Eva se fue siguiendo los mismos caminos de siempre.

Tenía que ser así.

La historia es la conexión de lo insospechado, en sus senderos todo se insinúa:

un azar: una suerte.

Pero... el sexo de Eva brilla, destella:

trapecio de las contracciones adúlteras.

Eva vive llorando mi regreso debajo del potro de las balas y el deseo.

Eva es un tronco de madera podrida.

Su cabeza es un papalote de tonos fluorescentes.

Ahí va...

Silencio.

Mi pena no puede más.

Silencio.

Todos los mendigos vienen por esta vereda
machacándose los talones.

Yo también la amo, tanto que nada me da hambre
y toda la mansedumbre la traigo arraigada
en el esófago.

Eva sueña que vengo.

Que toco a su puerta una tarde de verano.

Que vamos a tomar café allá en la ciudad infinita.

Que no estoy a diez mil leguas acurrucado sobre
el trigo solar.

Que estoy en su boca, entre sus piernas,
nadando en su pupila negra.

Si tuviéramos un poco de respiro por lo menos.

Eva, no voy a regresar ||

XV

No, Adán y Eva se fueron a otro lugar,
ignoro dónde están.

Pero intuyo que en el séptimo laberinto
de un libro de piratas ingenuos.

No, *Adán y Eva se los han comido los gusanos*,
eso todo el mundo lo sabe.

Mientras tanto el masonite de tus ojos anuncia
para ti muchos días por venir; cálidos como el
pensamiento de las notas del violoncello.

Despierto y una música da vueltas al mundo;
es la cajita con la bailarina rusa que nos nutre
para no morir de pena, y es la música el único deseo
de los hombres que están tímidamente vivos.

Cierra los poros, escucha el sonido encantado del
martinete, de las hojas del eucalipto, de los pinzones
de Darwin volando en sus jaulas, de las declinaciones
del objetivo sentido común y la distancia hacia el

objeto, el grito del testarudo viajero que pensó
en el oriente y de ese otro que fue confundido por
el dios de occidente y que en Cholula demostró
su furia, las horas carcomidas como huesos, el
sonido de todas las tumbas, el frío y gris invierno de
Hungria, el latido del pequeño corazón de la ciudad
de oro, el crujir de la otra ciudad, la llamada eterna
aún por los ejércitos enemigos, el tibio camino del
humilde Jataté, las entrañas de un libro secreto
llamado olvido, escucha el trueno del sol, sí, de ese
siempre presente sol de otro octubre en otras tierras
por demás extrañas.

Oye bien.

Escucha la música de los días porque es de lo poco
que uno puede fiarse.

Calcula la voz del violoncello: honda, sentimental,
triste, muy cercana al grito de Caín.

Calcula la voz de la guitarra, toca su íntima curva,
besa sus labios de trémolo, baila un ligamento,
tienta su voz que es un rasguño.

Oye.

Escucha el timbre de la danza de los sables.

La voz, un nido de incertidumbre.

La voz guardada aquí mismo, la que pertenece
al instinto del lenguaje, de cada palabra en su
canto fantasmal.

La voz que hace posible el timbre de la razón
y sus giros y edificios de cobre.

La voz, la del poeta, amarillenta y pálida,
repleta de asonancias y sin reglas.

Escucha esa voz siempre vencedora.

La voz de los pájaros.

Nada más.

Oye.

Mira la vihuela y el cistro, también saben callar.

Mira el pentagrama de este tiempo con todas esas
claves, octavas, corcheas, silencios y su lenguaje propio.

Ve.

Escucha el tam-tam de la guerra que ruga a lo lejos.

Si la música existe y es posible nada nos puede pasar,
al menos durante los segundos sagrados del coito,
cuando dan ganas de abrazar.

Dicen que todos los niños del mundo son sordos,
porque ya tienen una linterna de música en sus
almas, qué envidia.

También se insinúa que ciertos tipos de hombres son
incapaces de oír, por eso son como piedras.

Bienaventurada seas, música, por ser alimento
del sol y de los días de este tiempo: pradera de masonite ||

XVI

Dentro de la música, en la sombra de la corchea
y los silencios, la felicidad canta.

Enemiga felicidad, fiera sombra
y piel como de río.

Felicidad enemiga por siempre:
amiga por diminutas horas de un segundo.

Te espero en el café Alcaraván.

No llegas.

Dentro de la historia cóncava turbas los sentidos,
tu voz es la de los cien leones, es la inocencia más pura.
Tiritas de frío y vives ardorosos juegos de una noche.
Ya te veo en tu desnudez, en tu desvelo de perra.

Te penetro.

Ya no estás.

En las horas de octubre las hojas se obsequian mostaza.
El pequeño frío hace poemas.
Las hormigas ya no comen el desierto.
Los músicos han olvidado los sonidos, y sus manos
se han vuelto de madera.
La tibia luna se cree una niña.

De nuevo callas.

Qué bellos tus ojos.
Miras la paciencia de las palabras,
inventaste la esperanza como su matrona que eres.

Estás bien mustia.

Esperas.

Quieres dulce de manzana.

Lloras de nuevo.

Te inquietas como Eva: eres Eva.

También inventas el viento y el agua
y las lágrimas.

Ríes.

Imploras el goce de las uvas en el paladar. Cumples
promesas labradas en estelas de otro tiempo y una
mujer tiene un sueño tan real que inventa lo real.

Bailas.

Me invitas a bailar.

Te quedas callada y me miras con nubes en los ojos.

Estás cansada.

Te cuento el poema de las dos amantes
que no se ven y sólo se escuchan; me aplaudes;

me cobijas en tu seno.

Te lamo los labios.

Ya no estás.

Lloro ||

XVII

¿Eva, sigues dormida?

Eva tiene cabellos de libélula, sus ojos son los
de un gatito, sus labios son tazas de café,
su cuerpo es una espera.

Eva no sabe mucho del calor de las islas,
tampoco sabe de la temible fiebre que habita
en otros países, pero intuye el paso del tiempo
y eso es bueno.

Sabe que hay puertas de entrada y de salida
e imagina el dolor.

Me gusta la voz de Eva: música de encinos:
el sonido de una viola.

A Eva no le gusta pelear pero llora cuando siente un rasguño en la palma de su mano; eso sucede con frecuencia, en el cine su butaca es una charca. Eva es húmeda, me gusta así, tal cual.

Le quiero.

Aprendo a quererla con paciencia, supongo que eso es mejor que todas las tormentas del Sahara.

Duerme, Eva.

Duerme con el mismo aliento
que mi amor me da por tus ojos ||

XVIII

Eva: guardo el sabor de la manzana en mi lengua,
hago círculos concéntricos en tu hombro,
tengo un sabor a cítrico en mis labios,
hundo las manos en la arena como quien busca
respirar, descubro el calor del sol enterrado en mi
sien, voy a los costados del mundo, encuentro un
ácido dulcísimo y lo bebo como un ebrio.

Veo el sol y me deslumbro, me deslumbro de gozo,
entiendo las consonantes por los gemidos y una
luciérnaga narra historias en tu cuello, me miras

como para decirme algo, pero en los labios el sabor
de la manzana no cabe y no puedes decir nada;
me hago astilla, soy una ráfaga de sol, nos miramos
en el espejo del mar, sobre sus marismas,
sobre sus olas infinitas.

Estamos ensombrecidos por las nubes rencorosas
de las uñas y nos encontramos de nuevo
en el crujir de los labios, nos hacemos daño,
te digo que te amo, no oyes, respiras, tientas,
pruebas otros frutos.
Te desvaneces en hilos de placer.

El océano profundo de tus pechos chirría un mantra,
es suave como la nieve, son la nieve;
un rechinar de puertas te abren, mientras
en las manos unos cangrejos frotan el horizonte;
te veo, por fin: duermo enfermo de ti, Eva.

Eva-música.

Por siempre tú, Eva ||

XIX

Vulnerables las manos que no han vibrado.

Y viejo y solo el vientre seco.

Felicidad de la palabra felicidad: la sonrisa que
devuelve la semilla: el pequeño calor del llanto
dulce: la nostalgia del *solo con su alma*: el color
del asombro: la continuidad de la rueda de la fortuna:
del hilo que se teje en las praderas de sal:
un viento alegre al fin.

Eva, ahora sueñas en la hora del pecho y lavas
tus pecados en la leche blanca de mamá,
estás concentrada en ello, porque el tiempo es tuyo
y entero te pertenece en ternura.

Supongo que la desdicha y la felicidad se equiparan
en algún momento: la una en el tiempo del atraganto,
ése que nunca responde de dónde o por qué
está aquí, la otra en la tentación del otro día
y la respiración profunda, sólida.

Fertilidad.

Sol.

Eva hecha de cristal.

Eva piedra.

Eva mustia. Eva puta.

Eva siempre ||

XX

Eva tiene sueño.

Se tiende en el camastro de sus cabellos.

Abre los ojos como diciendo *tengo hambre*.

Y es que *a Eva se la comen los gusanos*;

pero está contenta: canta una canción de cuna.

Una rotación del tiempo está cerca.

La pradera de masonite de tus ojos lo atestigua.

Ayante continúa luchando a las puertas de Troya ||

XXI

Pongo a la palabra en el altar de la música para

desdoblar su sonido: tambor, oboe, ronca zanfoña.

Escucho este tiempo-océano,
tumulto de lluvia tenue: las sílabas acordes:
el acento multiplica el espacio: el ritmo viento tibio
de los labios: el sonido irremediable sentido.

Veo y escucho.

Estamos atrapados en las palabras como dioses
en las oraciones; quizá nada sea cierto, poca cosa
es comparable con su sentido.

Veo y escucho.

El reloj tiembla lleno de nubes de palabras:
silencios intactos, preciosísimos.

Veo y pienso.

El aire que respiro se deletrea y es casi nada,
es bruma, un fantasma.

Nada mejor que el deseo como el instinto: mudo.
Nada mejor que la palabra *mudo* y su rítmica simple.

Río de masonite que ajetreado me pronuncias,
dime que no es cierto, que por lo menos somos
el sonido de nuestros nombres.

Pongo la música en el altar del martirio y escucho
una contemplación: una cantata: un réquiem:
todo el tiempo junto danzando en los oídos.

Te miro y tiemblo: música.

El sentido es débil, astuto, tanto que estoy aquí
escribiendo con mi nombre a cuestras.

La música pronuncia el mundo: el sonido configura
la tierra hasta hacerla redonda: la música crea vida:
recrea formas de animales en todas partes
y en los oídos construye ideas.

La música es un nido de golondrina en la boca:
es dulce: sabe amarga: sube a la cabeza: es un tigre:
llora de vez en cuando.

Mi nombre y tu nombre son el sentido del eco.
Nuestros nombres viven en lo profundo del río de
masonite, en el cuadro de masonite que espera.

¡Palabra, dame música!

Respiro bocanadas de aire fresco en el balcón.

El sol deja entrar el invierno.

Estamos aquí cantando.

Solos, muy solos.

Vibrando ||

TERCER MOVIMIENTO. TERRA

XXII

Amanece.

Dan las horas.

Afuera *el otoño* recorre las islas.

Llueve en la memoria.

Alguien me recuerda que es viernes y que estamos
en un país que se llama España.

Recuerdo: sueño: imploro: deseo: invento imágenes.

La hora me arranca desvaríos...

Mustia.

¡Maldita perra!

Me doblo en mi costado.

No me dejes alegre maldita hora, aparta los sanos
latidos del corazón de mi canto.

Talla mi cuerpo, déjalo muy azul, como un metal.

No insinúes lo que no puedes cumplir por obra
del azar o de la mentira.

Soberbia enemiga, acicala bien tus armas,
pule el machete de hierro que recurre a la muerte
como la abeja a la miel.

Pon tu carro de bronce a punto que el campo
de batalla te espera.

Seguimos en el sitio de Troya.

Vuela sobre tus ejes.

Y no dejes de besarme con ciega ternura.

Nada me des a comer.

Y si estás prendada de mi rómpete en pedazos,
maldita, agrieta tus manos con pedernales,
ponte sal en los ojos.

Tiempo: dame de esa injuria que viene desde muy
dentro de las entrañas y que sube por el esófago
hasta sacar el otro que soy y que es capaz de romper
el mundo en una noche de juerga.

Inquietud, amada mía, muéstrate como eres.

Sombra de las horas.

Agonía.

Fina lluvia de invierno.

Soplo de la caverna.

Casi imagen: infinita fantasía.

Calor de sol.

Dalia, no llores por nuestra muerte.

Calla.

Deja reposar tu rostro en la arena de los días.

Pule mi alma con flores.

No me dejes temblar con cualquier frío.

Déjame pensar en el deseo porque de él mi boca
toma las palabras.

Muerde mis brazos como yo te correspondo
al consumir mis días.

Astuta zorra, melindrosa, muy puta,
No correspondas a otros sino sólo a mi nombre
de campesino ||

XXIII

¡Cómo nos gusta dormir!

Caemos dentro de un cristal de jade y los ojos
piensan una danza.
Es el sueño de la tempestad sobre el lomo del Tormes.

Y la nave va.

Los rostros de sus pasajeros describen una lágrima.

Y la nave va.

Tan absurda que el viento supone
un pensamiento amargo.
Estoy hecho de una piedra calcárea:
una gota sobre un pesado líquen: vengo y hago
todo aquello que está prohibido, todo aquello
que describen los oasis a punto de morir.

Y la nave va.

Se disipa en la bruma, como en un bostezo, y lenta
se mueve hacia las distancias de Orión.

Ahora es un lago cicatrizado por la enfermedad
de la salud corpórea, ésa que todos esperan pero
que nunca termina por llegar.

La tristeza es la sumisión a los días, también es una
carcajada, más bien un recuerdo de Orión.

Y la nave va.

Se escuchan los cantos de las ballenas que con sus
coros pulen su casco de madera, navega por todos
los días, y en su interior se canta una ópera mientras
mil locos se desgarran las vestiduras.

Qué más da si la nave encalla, si el mar se la traga,
lo que importa es la fiesta de la música
que vibra en los rostros de los pasajeros , lo que vale
es la canción de la dama Oval o del moribundo, lo
que importa es el teatro con todo su consorte
de musgo y peluquines, lo que vale es el carmín
de los labios y el perfume de las bailarinas.

Que no se agote la música en el salón de baile.
Sí, que viva en la sombra de la mar y que inyecte
energía a esta nave de locos, de eternos forajidos
ávidos de melancolía.

Y la nave va.

Sola, como el mismo mar ||

XXIV

Somos dibujos en la playa.

Imágenes.

Sombras que nos balbucean en los inefibles días.

Y el sol, al unísono acorde de sus llamas,
dice que nos quiere pero no le creemos;
en el fondo somos hijos del agua: fisura
torrencial: pozo: río: mar eterno: miedo
que se inclina a todos lado: luz: sombra de nuevo.

Y el sol, que es un reloj, nos forja en
figuras de arena.

Me enarboló a ti como para apagar todas las llamas
del mundo; soy tu sombra y tu boca es mi alivio.

Tomo tus manos para pintar mi cuerpo
y descubro flores por todas partes.

Qué haces de mí Eva que hasta los colores
se olvidan en tu sombra.

Somos dibujos en la playa, cincelados
en una playa de masonite.

Monocorde latido del tiempo.

Vacío que sólo se llena por la desdicha de la
momentánea felicidad o por el rasguño de tus ojos.

Y el sol se burla.

Y el sol se desmiente de las escrituras del Yo,
y nos da una paz sobre la piel parecida al agua más
fría y pura del otro río de tiempo que es la palabra
verbo: lengua de serpiente.

Déjanos aquí, masonite-mundo, en el esbozo
que las olas nos han regalado para la contemplación
de la noche y todas sus risas de astros
y animales y ojos y luces lejanas como faros
de un puerto inconcluso.

Déjanos aquí para meditar un poco
sobre las cosas simples.

El masonite de los días nos ha atrapado
en su maletín de sueños: soplo divino.

Y el sol duerme.

Y el sol pide pan, tiene hambre, es como un niño.

Y tú me miras y dices que me quieres;
yo te cubro de arena y de conchas y de crustáceos
y de todo aquello que te haga feliz.

El sol se apaga.

Te abrazo.

Nada es *tanto tiempo*: el sueño: el mar: el verbo de
nueva cuenta, siempre él, omnipresente: devastador ||

XXV

Antes o después de los sueños está el camino
de masonite.

De nuevo la cueva de los ecos sale al paso.
La culebra del día de hoy temblando en cada acacia
permanece enroscada demostrando no sé qué deseo
o mentira o robo.

El sol consume la fortuna, y las gentes dan vueltas
a sus cuerpos cíclopes, como si con eso se fueran a salvar.

Estamos debajo de todas las torres: Eiffel,
la de los Clérigos o la más modesta y diminuta del Clavel.
Las admiramos absortos como al mismo sol de junio.

Nos encontramos debajo de todas las ciudades;
sembrados a las calles, adosados a todo aquello
que nos puede nombrar y que podemos nombrar
en una suerte de bullicio.

Decimos sus nombres para no escuchar al sol.
Pronunciamos nombres para ver otra cosa, mas
aquello no responde y nos conformamos con su eco.

Me consumo en estas ciudades del mundo redondo
de calles intrincadas y estaciones de metro que no
terminan y que son el laberinto del aire: insufribles:

robustas: eternas: oscuras: negras por más
esculturas de mármol que las adornen.

La gente salta de alegría, salta a las hermosas fuentes
llenas de flores, imagina que está en algún manglar
del Amazonas, desinfectado y sin bichos,
se creen dioses del sol.

Estamos en el borde exacto del minuto exacto
del día exacto del tiempo: ¡no es posible que nadie
lo tome en cuenta!

El sol tiembla; las escasas nubes están cansadas
y todo el día se hace rojo; la esfera del mundo
anuncia su sueño mientras que el pasto verde
de los jardines gruñe su desdicha infeliz, y el agua
de los manglares está chirriando algo como cera.

No todo está perdido porque un niño piensa
que su pequeño barco de papel no existe y es sólo
risas; estamos en el día exacto de los interminables
minutos del silencio del fin del día: adiós
a la torre del Clavel.

A dormir, pequeño infante.

Las personas se van.
Es la hora del Diluvio Universal.
Hace frío pero nadie tiembla.
Tienen una enorme voluntad para caminar,
para entrar al metro sin tener miedo: ¿Por qué
suceden estas cosas?

El viento sale del tiempo y pregunta susurrante:
¿nadie por aquí?
No, *nadie*, contesta el manglar de neón.
A medianoche el jardín de las delicias es un desierto,
como siempre lo debió haber sido.

Duerme.

Me gusta su rostro: tomo su mano y lo beso:
sus labios arden, y entre sueños piensa que respira
pero su corazón es confuso.

Estamos clavados en las ciudades por un arte de azar.
Nadie se piensa perdido al caminar por las calles,
para eso están los edificios y sus rostros ventanales
y puertas.

Nadie dice, *¡pero, Dios, qué hago aquí!*

En verdad casi nadie respira.
Y nadie piensa todas estas cosas feas y absurdas.
Las gentes disimulan su pesar, su enorme pesar,
y lo esconden en los nombres propios del día exacto
de la hora exacta y determinada del hoy.
Por eso las palabras tienen un eco dulzón
en la sílaba tónica: machacan algo.

El futuro da miedo pero para ello está el hoy
deletreado y unido semánticamente a las palabras:
Jorge, Julia, Toro, cuchara, encanto, silencio...

Roma.
La ciudad duerme pero cobija sus demonios
para un mejor tiempo.

El pequeño y encantador niño del barco de risas
sueña que es un pirata en alta mar y ve a lo lejos
la costa de Alejandría: ahí están las mezquitas
y el fuerte y los blancos y amarillos edificios
de la *Corniche*; no sabe que adentro un zoco repleto
de almas lo espera para asesinarle, pero qué importa,
su barco ya ha atracado en el puerto.

Y es que el Amazonas no es de árboles,
es de interminable musgo.

Nadie teme dormir.

Y la ciudad guarda sus mentiras para el otro día
del tiempo exacto; ése que no nos dejará limpios
ni sanos ni cómodos.

Los jardines de Luxemburgo contemplan su cuello
de mármol por la noche: tienen miedo de este París
tan grande y loco ||

XXVI

La pradera de masonite enciende un lejano eco.

¡Cómo nos gusta dormir!

Caemos dentro de un cristal de jade
y los ojos piensan una danza.

Su cadencia arropa,
todo lo cubre con una sintaxis de miedo.

El sueño es una máscara de oro y semeja
una pintura de un cielo azul, arduo, tan
hermosamente arduo que nos aleja de los olores
y los sentidos.

Es el sueño de una pradera de masonite, es un árbol
encantado con las raíces bebiendo de las piernas
de Eva y derramando hojas como quien grita.
La pradera crea una imagen, produce ideas, dice *no*,
me descubre en el tiempo, me dibuja
la conciencia del horizonte.

Me toco el vientre para comprobar si estoy aquí.
Nada me extraña tanto como beber el vino de la
conciencia; trago de muerte que me presencia como
un espejo o espejismo: veo mi rostro: sonrío:
saludo: *buenos días*: puedo caminar: camino:
tengo hambre: es tarde: aquí estoy.

La infamia no existiría dentro de este eco, ni el mal,
ni todo aquello que nos hace inexactos si no fuera
porque hay que salir todos los días a las praderas
de sal, si no fuera por el fluir de los ojos
y las manos y los sexos.
Si no fuera por el tiempo

que fluye en estos instantes de moscas.
Si no fuera porque el eco va hacia dentro
del cuerpo; asentado en la cavidad de los oídos:
resuena como un cascabel ||

XXVII

El sol del sur nutre, da más calor.
Sus rayos penetran hasta ahí; se asoman de vez
en cuando en el eco, se colocan como un mantel
de flores sobre la pradera de masonite.

Soy feliz.

Dulces sueños, dice el sol; mientras la pradera de sal
prepara el aguijón.

Nadie nos cuida.

Llegué a Elefantina y caminé entre sus casas de barro.
Perdí la cuenta de los días sobre las tranquilas aguas
del Nilo.

¡África!

La falúa se concentra; es un mundo aparte: equilibrio.

El tiempo se cristaliza y una garza se convierte
en una esfinge, mientras las columnas de Hércules
esperan ser derribadas; los faraones aguardan
su oportunidad, una vez más.

Un hombre rema y deja que el viento acaricie el rumbo.
Habla de su lejana tierra, la que cría camellos,
aquélla donde nace el río.
Me enamoro de su risa blanca y de su alma sin horas.

El Sudán debe ser líquido, un verdadero guiño del sol.

Es bueno cantar canciones, aunque sea como consuelo.
Porque en las paredes de los mejores días los
desiertos hacen olas.
Sacan un recuerdo espurio, ajan la piel.
Y sobre los cimientos de las casas una manada
de gusanos teje rocas que de tan duras la tierra grita
infinitos desazones.

Ésta es la pequeña historia de un desierto y su isla,
Elefantina: eterna ||

XXVIII

¿Cómo hemos llegado a este desierto?

¡Nunca había visto las estrellas!

En verdad son un gran enjambre de avispas
que por la madrugada caen para fertilizar la tierra,
se hacen racimos de luz.

Sólo la noche puede brillar como el sol en este valle
de espinas y hormigas.

Estoy en el Valle del Mezquital,
a media lejanía de todo el mundo.
No conozco los teléfonos, ni los automóviles.
Me siento eternamente quieto,
como una piedra de tantas.

*Vaya para Cerro Azul a ver la fábula
de los de sin casa,
de los humildes de historia y de ojos llenos de
cansancio y melancolía.*

*Vaya a Nexni o San Lucas para que le conviden
agua de la palabra ñahñu,
tan olvidada por estos tiempos.*

*Vaya al desierto y coma garambullos y mezquites,
alivian del sol, protegen contra las hormigas.*

Camino entre una tierra lunar tan seca
que sus gritos no se escuchan.

Hormigas por millones, aquí las hormigas
nos comen por todas partes.

Este es el valle que hizo el sol para su reposo.
Aquí la luz del fotógrafo iracundo.
Aquí la esperanza de todos los días convertida
en unas gotas de lluvia.

(El niño duerme y la serpiente lo amamanta mientras
consume la blanca leche: el asombro de vivir así,
siempre arrodillado ante la madre tierra.)

Aquí hay mucha mansedumbre en las manos
y demasiada rabia en las pupilas.

Los cuerpos se ven cansados, pero no: viven, luchan,
piensan, sueñan, aman.

Las figuras también tienen nombre: Esteban,
Jerónimo, Juana.

Y allá, en la cantera, todos pican el rosa de la luz
que luego se hará eterna forma por todo el espacio.

Sí, hay necesidad, tanta como en las dunas de Egipto.
Hay hambre, sí, y nadie la ve del todo.
Queda el pulque y el maguey y las estrellas
de la noche en su marea pétrea.

Ningún héroe griego ha pasado por aquí, tampoco
los dioses vienen muy seguido, pero los hombres
y mujeres tejen la palma con paciencia, comen su
pan y su tortilla, y hablan por largo tiempo; luego
callan y son piedras de este prodigioso desierto.

¿Cómo hemos llegado aquí?

Me voy, ya es hora, qué pena: en mis ojos hay
hormigas y mis labios son muy pesados: casi cantera ||

XXIX

Nadie nos bendice.

Sólo tenemos el frágil calor que en las palmas
de las manos se deposita y luego se va.

El único milagro que conozco es la música,
pero eso es otra historia.

Quién nos iba a bendecir, para qué carajos
si el universo es muy grande y nosotros tenemos
tan poco tiempo.

Nadie nos bendice en esta tierra de nadie.

Hay que meditar sobre los actos de las nubes
y el sol; sólo en eso confío odiosos mamíferos
de carne y hueso ||

CADENCIA FINAL. TUMULTUOSO

XXX

Caemos dentro de un cristal de jade
y los ojos piensan en una danza.

La cadencia del lápiz dibuja una sonrisa en medio
de signos, y sobre ellos la música cava el rincón del
silencio: escritura como música: partitura de luz y sol
y de todo aquello que canto.

Escritura-música, único delirio de los amantes
tartamudos y ciegos y sin sentido alguno más
que el puro goce.

Sñar, otro silencio arrulla la noche.

La obscuridad es una definición: el sueño retumba
en los océanos de los signos y es la danza de los días
retorciéndose a la sombra de los tambores.

Palabra: definición del tiempo en mil acordes;
no de notas sonoras sino de oro.

Palabra: signo vacío poseído por la circunstancia
y los demonios del sueño y la vigilia.

Y así es el sentido de los días: silencio de nueva
cuenta: pregunta: respuesta poco clara.

Música de las horas que trazas sobre este cuadro
un cuerpo: Eva, sí, Eva tomando un baño en Babilonia
o quizá en el Leteo.

(Eva, dime siempre que somos dos, dime que sólo
estamos para consolar el llanto del otro,
Eva, no dejes que te coman las hormigas
y no te hagas un tronco viejo, Eva, dame calor.)

Eva es también la danza del sueño: signo: metáfora:
tiempo vivido: tentación de la muerte: vacío de la
palabra Eva y lleno del estar aquí como besándote.
Y al final ella morirá como las garzas y los elefantes.

Luz de los días que velas mi sueño y mi muerte,
cuida a Eva con todo su tumulto de alegría sinfónica,
cuida mi alma que está un poco maltrecha,
recuerda mi nombre a todos los duendes
y fantasmas de por acá.

Sol, dame luz.

Acompáñame.

Tiempo: toda la fatalidad para darte muchos besos.

Eva, muchos besos por siempre.

Cómo nos gusta dormir para danzar al ritmo
de lo que no se puede hacer despierto,
de lo que no responde a la lógica del nombre propio,
del Yo como signo, del Yo como respuesta.

Ya que se apagan las farolas del parque porque los niños
tienen que jugar a obscuras; lo mismo sucede
en las guerras: la diosa fortuna no está
comprometida con cada uno de nosotros.

Odiseo, qué triste te encuentras en Ítaca;
pero el viaje sigue y seguirá, y las olas marinas
agitarán de nuevo la mente del color y los dibujos.

El lápiz no deja de cifrar, es una suerte de encanto.

Estos acordes ya se convierten en coral,
en peces de colores, en serpientes coralillo.

Esta música es un viaje sin retorno: estalla en
risas: bromas del sonido: persistencia vital de los
corazones: sangre vertida sobre los días en los meses,
en los años y minutos en la lengua y sobre los ojos,
y cuánto pero cuánto llanto se ha derramado:
Eva no me dejes nunca.

Risa, mucha risa de locos es lo que necesito:
un tigre es masticado por completo: vitalidad de la
carne: insaciable existir en el nombre propio,
en el que se dice Yo: masonite: palabra.

Queda el nombre propio que se dibuja a sí mismo en
la tinta de la escritura, la que aparece como ritmo y
como disonantes acordes a cada trago
y a cada bocanada de aire, es nuestro viaje;
viaje a la profundidad del sueño y de la luz del día
al unísono, a eso que se dice *no existir más que
en la memoria y entre medio de las vocales y las
sílabas*: bosques de encinos.

Mi nombre y tu nombre son el sentido del eco.
Nuestros nombres viven en lo profundo del río de
masonite, en el cuadro de masonite que espera ||


Índice


7 El hemisferio marino de Jorge Arzate Salgado, *Galo Ghigliotto*


De Canciones para los piratas ausentes (1992)


17 En algún tiempo pensé que los piratas...


21 Tocas la puerta del sueño... 


23 Pintada de verde... 

25 El paso del sol... 

27 Todo es una ficción... 

29 Desde su llegada... 

30 Los piratas... 

31 La selva de las Isla se retrata... 

32 Los piratas han raptado la Isla...

34 Otros piratas...

35 La risa...

37 Risa...

39 Yo necesito al mar...




41 Sobre el arco del mar...





42 Adiós a los piratas...


43 La pequeña niña...

- 45 La Isla se peina sola...
- 47 El amuleto del capitán pirata...
- 49 Bajo el brazo de la pequeña...
- 50 Después de la visita de los piratas...
- 52 Un reloj de arena...
- 54 ¡Súbita explosión!...
- 55 La gaviota...
- 56 La Isla es perversa...
- 58 Si pudiese vivir algún día...
- 59 Desvanecida...
- 60 Un pirata noble...
- 63 Desde el árbol más alto...
- 65 Qué pasa con los sueños...
- 68 Luz solar...

De Recuerdos de la casa azul (1996)

- 73 Carmina
- 74 Dalia 
- 77 Carmina
- 78 Dalia 
- 81 Dod
- 83 Dalia
- 84 Carmina
- 85 Dalia 
- 88 Carmina

89	Dod
92	Carmina
96	Dalia
97	Carmina
98	Dalia
99	Dod
101	Dalia
102	Carmina
104	Dalia
106	Carmina
107	Dalia
109	Dalia / Carmina 
111	Carmina
112	Dalia
113	Carmina
115	Dalia
116	Carmina
119	Dalia
120	Dalia y Carmina 
122	Dalia 
124	Dod
126	Carmina
127	Dalia
129	Dod
130	Dalia / Carmina 

132	Dalia
133	Carmina
135	Dalia
137	Carmina
138	Dalia
139	Carmina
141	Dalia
144	Carmina
145	Dalia
147	Carmina
149	Dalia
150	Carmina
151	Dod
152	Carmina
154	Dalia
155	Carmina
156	Dalia
158	Carmina
160	Carmina y Dalia 
161	Carmina
162	Dalia
163	Carmina
165	Dalia y Carmina
166	Carmina
167	Dalia

168	Carmina
170	Carmina
172	Dalia
173	Minotauro
176	Dalia
177	Dalia

De *Pradera de masonite* (2010)

183	Primer movimiento. Fuoco
183	I. ¡Cómo nos gusta dormir!... 🔊»
185	II. Soy un animal...
187	III. Alas...
189	IV. Octubre y el sol llega pronto...
192	V. Desde la niñez...
195	VI. El recuerdo de la guerra...
199	VII. Duele la cabeza...
202	VIII. A lo lejos del tiempo...
205	IX. Me encuentro en un estado soluble...
207	X. Gritos...
209	XI. Amanece...
212	XII. Nací en el país de los clavos... 🔊»
213	Segundo movimiento. Amoroso
213	XIII. Eva llegó... 🔊»
216	XIV. Eva se fue...
218	XV. No, Adán y Eva se fueron a otro lugar...

- 221 xvi. Dentro de la música...
- 224 xvii. *¿Eva, sigues dormida?...*
- 225 xviii. Eva: guardo el sabor de la manzana... 🗣️
- 227 xix. Vulnerables las manos...
- 228 xx. Eva tiene sueño...
- 228 xxi. Pongo a la palabra en el altar... 🗣️
- 232 Tercer movimiento. Terra
- 232 xxii. Amanece...
- 235 xxiii. ¡Cómo nos gusta dormir!...
- 237 xxiv. Somos dibujos en la playa...
- 239 xxv. Antes o después de los sueños...
- 244 xxvi. La pradera de masonite...
- 246 xxvii. El sol del sur nutre... 🗣️
- 248 xxviii. ¿Cómo hemos llegado a este desierto?... 🗣️
- 251 xxix. Nadie nos bendice...
- 252 Cadencia final. Tumultuoso
- 252 xxx. Caemos dentro de un cristal...

Como hilo luminoso, el mar

de Jorge Arzate Salgado, se terminó de imprimir en julio de 2015, en los talleres gráficos de Impresos Vacha, S.A. de C.V., ubicados en Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, México, D.F., C.P. 06880. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación, supervisión en imprenta y portada: Iván Emmanuel Jiménez Mercado. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

